



Crónicas

José Martí

Garfield

Garfield ha muerto. -El último día y la última noche. -Pánico y luto. -El nuevo Presidente. -Duelo inmenso.- l camino de la bala.- Ahorcado en efigie.- Misterio. -Comienza la apoteosis.-Viaje lúgubre y glorioso. - rthur jura. - Coronel blasfemo. -Confraternidad. - Ofrendas.-La noticia a la madre. -El viaje a Cleveland. -Noche histórica.

-Los funerales. -Acompañamiento. -Nueva York admirable. -Para la viuda la muerte es útil.

Nueva York, 1 de octubre de 1881.

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Cuando se es testigo de las grandes explosiones de amor de la humanidad, se siente orgullo de ser hombre, así como cuando se es testigo de sus postraciones o su furia da vergüenza serlo. La muerte es útil, la virtud es útil, la desgracia es necesaria y reparadora, por cuanto despierta en los corazones que la presencian nobles impulsos de aliviarla.

Y la tierra va camino de ventura, porque ya las coronas de los reyes descansan sobre el féretro de los trabajadores. El siglo último fue el del derrumbe del mundo antiguo; éste es el de la elaboración del mundo nuevo. He ahí si no, trémulos y conmovidos a todos los humanos, y enlutados los tronos, y entornados los palacios de los monarcas, y arrodillada la nación más numerosa de la tierra, ante un ataúd humilde, en que descansan las palmas del martirio, sobre un hombre que se compró sus libros de griego con el producto de las maderas que cepillaba, y ha muerto, dueño de una de las famas más límpidas del orbe, bajo la rotonda del Capitolio de Washington.

Garfield ha muerto.

Murió el 19 de septiembre antes que mediase la sombría noche, y desde entonces no han cesado la admiración, las muestras de ternura, de veneración y de congoja. La ciudad, las ciudades todas de la Unión están colgadas de negro; y las almas. Un mártir es como padre y como hermano de los hombres en cuyo beneficio muere: así están todos en esta tierra, como si hubiesen perdido a su padre o a su hermano.

A este hombre lo ha matado un elemento oculto que obra poderosamente contra las fuerzas de construcción, entre las fuerzas de destrucción de la humanidad: un elemento rencoroso, inteligente e implacable: el odio a la virtud.

Yo lo escribí una vez en uno de esos libros tristes que no se publican jamás, porque no deben publicarse sino los libros briosos y activos, que fortifican y abren paso: «¡Virtuoso, tú serás odiado!» El que desmaya ve con ojos de ira al que no desmaya; el perezoso, al laborioso; el que se doblega a la adversidad, y precipita su derrota con su cobardía, aborrece al que sonríe a la adversidad, y, como mago a serpiente, la seduce, la duerme y la domina. Los impacientes odian al paciente; los soberbios que anhelan un premio exagerado y prematuro a condiciones que no cultivan, ni utilizan, ni riegan, execran y persiguen a los mansos que han labrado su recompensa con sus virtudes, su fama con su esfuerzo, su gloria con sus dolores. La ventura es un premio, no un derecho; no decora el pecho del soldado sino después de haber luchado honrosamente en la batalla. El Tabor es la recompensa del Calvario. Y ¡qué susto y veneración llenan los pechos de los hombres que asisten al combate! ¡Qué celebrar en el que lidia la heroica energía que a ellos les falta! ¡Qué sentirse virtuosos, cuando un hombre es virtuoso! Todos, como si fuera propia, celebran su victoria. Él es el símbolo, el predecesor, el evangelista. ¡Una es el alma humana, y múltiples sus aposentos pintorescos! Por eso ahora parece como si un palio fúnebre cubriese a la vez todos los hombres.

Era una noche tibia, y estaba el aire húmedo, la tierra quieta, y manso el mar. Dos niñas reposaban en la playa. Una mujer oraba en su aposento. Una anciana, en un lejano Estado, velaba por su hijo. Ya los paseantes volvían de su paseo, y sacudían en los portales los arneses los espumantes corceles, y se extinguían las luces de la tierra, y centelleaban, como para alumbrar la grande escena, y recibir al grande hijo, las del cielo. Las quintas de Long Branch dormían ya, envueltas en sombras: oíanse a lo lejos los pasos de los guardas; un niño mensajero, como una mariposa, revoloteaba, corría, entraba y salía en la casa del Presidente herido; y en esa hora de reposo que precede siempre a las catástrofes, como si la naturaleza se proveyese de fuerzas para soportar el golpe que viene a ponerlas a

prueba, escasos grupos recorrían las avenidas, comentaban en los solitarios corredores de los hoteles las nuevas del día, o refugiados en un salón hablaban tristemente de cómo, rígidas ya y frías, podían apenas las manos del enfermo tener en alto las riendas de la vida.

Allá en la casa, el día había sido lúgubre: el valeroso paciente, viendo en el rostro de todos el espanto, había querido verse en un espejo, y vio en él su faz seca y demacrada, y dejándolo caer sobre su pecho, dijo con un gemido:

-Bien parezco, bien. ¿Cómo, Lucrecia, quien parece tan bien puede sentirse tan terriblemente débil? ¿Y Mollie? Yo quiero ver a Mollie.

Vinieron las dos niñas de la playa, que eran la hija del enfermo y la de su mejor amigo; Mollie dio un beso a su padre, se sentó a los pies de su cama, y a poco cayó al suelo desmayada, y se bañó su rostro de sangre. El enfermo que parecía dormido, abrió los ojos y murmuró:

-¡Pobre Mollie! Ha caído como un leño.

La noche, la noche sombría es la hora favorita de la muerte; ya al oscurecer estaba sentada a la cabecera del Presidente. La energía estaba de pie a un lado de su lecho y la bondad a otro; mas los resortes del cuerpo estaban ya quebrados, los pulmones purulentos, el corazón atormentado, un aneurisma a punto de romperse:

-Mucho pus hay hoy -dijo al curarlo el médico.

-¡Pues póngalo en la lista de ingresos! -repuso sonriendo, y ya seguro de su fin, el mártir.

A las veces, deliquios vagos sucedían a estos instantes lúcidos. Se le oía, al despertar de súbito: «¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡Mi confianza!» Plácidas sonrisas iluminaban su faz macilenta, y confusas palabras - «¡estrellas!, ¡cielo!, ¡arroyo!, ¡campos!»- poblaban sus labios. Soñaba con aquellos árboles que había sembrado, y de cuya madera se había hecho la cuna de sus hijos; soñaba con la buena madre anciana, en cuyos labios dejó un largo beso al salir de jurar la Presidencia; soñaba con aquella hermosa casa del pueblo de Mentor, en cuyas verdes praderas no pacieron nunca más que amables corderos y en cuyos árboles no se posaron nunca más que águilas blancas...

-¿Delira?

-No, no, doctor -dijo el bravo hombre, y cayó en sueño.

Cuando el médico en jefe dio al guardián de la noche la hoja de notas para la asistencia nocturna, era la última hoja del libro de notas.

Las luces se habían atenuado; la esposa oraba; el general Swaim, un amigo fiel, había comenzado su vela; el leal Daniel, un buen negro, entró en el cuarto. Y se oyó un grito ahogado:

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Swaim! Qué dolor tan terrible tengo aquí -y el enfermo se llevaba la mano al corazón-: qué dolor tan terrible.

Los labios que dijeron esto no dijeron ya más. La casa fue avisada, el lecho rodeado, la hora llegaba. El alma se iba majestuosa y serenamente de aquel cuerpo. La esposa, con los ojos secos, como de quien no tiene ya lágrimas que llorar, entró en el vasto cuarto.

-Doctor: ¿no hay esperanzas?

-Señora: ¡está muriendo!

Los médicos, los amigos, los hijos, los sirvientes, cercaban al moribundo.

La hija, acercándose a la madre, preguntó: «¿Es la muerte?» Y la madre, abrazándola a su pecho, dijo: «¡Hija mía!».

Se oía al mar que gemía, perdiéndose en la playa, y al hombre que moría, perdiéndose en el seno inescrutado. Ya luchaba como un gigante que va a ser vencido; ya decrecía su fatigado aliento, como cansado aparato de vapor que se va hundiendo en estación lejana. Y fueron más roncós y más ahogados, y más lentos, los vagos gemidos; y el corazón, mansión de amores, quedó roto; y el médico con voz llorosa dijo: «Todo ha acabado».

¡Oh, qué misterio! Vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos, ¡dulce premio!

Al punto, cuando con la faz hundida en su lecho lloraba la esposa; cuando en el seno de su amiga sollozaba la hija; cuando aguardaba insomne la fortísima madre noticias de su Jaime muy amado, despertóse espantado Long Branch y con él la Nación. A las ciudades, a las aldeas, a los cortijos, voló la triste nueva. Las campanas, del Hudson al Bravo, y de Baltimore a San Francisco, doblaron a un tiempo. Sus sonos, como aves negras desalojadas por el viento frío de la alta torre, rasgaban los aires. La risa se detuvo en todos los labios, y el llanto brotó a la vez de todos los ojos. Los teatros se cerraron, muchedumbres compactas y alarmadas llenaron los hoteles. En Brooklyn, un grupo de hombres encendido en generosa ira, detuvo e impuso silencio a los pasajeros de un tranvía que, ignorantes del grave suceso, volvían de una fiesta cantando. En Nueva York, en los hogares, levantáronse las familias y velaron el resto de la noche, como por

propio muerto: en los hoteles, acá centro de la vida, los potentados de la Bolsa congregados en el Windsor, y los políticos y viajeros de nota en la Quinta Avenida, recibieron conmovidos y con señales de estupor el anuncio terrible.

Alcances a los periódicos eran vendidos a grandes voces por las calles y pagados a precios exorbitantes. Las máquinas poderosas de los diarios notables imprimían en abundantes columnas los menores detalles del suceso, traídos como en alas, en trenes especiales.

A la una de la madrugada, en la casa en que habita, y en manos del juez Brady, en un ancho salón, cuajado de libros, embellecido por cuadros de muchos italianos en marcos de Florencia, el Vicepresidente prestó el juramento de lealtad a los deberes de su nuevo cargo. Y ahogado por las lágrimas se echó sollozando en un sillón, y estuvo largas horas con la faz llorosa hundida entre sus manos.

Al amanecer, ¡qué alba tan triste! Las gentes, silenciosas, andaban lentamente. La mañana no alegraba, como ella alegra, los rostros de los hombres. Parecía la ciudad un templo inmenso. Los carros urbanos, los ferrocarriles, los vapores que atraviesan el río donde brillantes y parleras multitudes se agrupan en las primeras horas de la mañana, eran vehículos fúnebres. Entre un millar de personas, ni una voz se oía; oíase sólo el desdoblar de los periódicos que se vendieron en cantidades fabulosas. ¡Magnífica tristeza y venerable luto! Y así fue en todas las ciudades de la Unión. Tal el norteamericano recio y el de los Estados del mediodía brillante; tal el áspero californiano y el culto hijo de Boston; tal el español, el alemán, el irlandés, el frutero mísero, el carretero duro, la elegante dama, el caballero acaudalado.

Era Nueva York aquella mañana como un sol sin rayos, y un mar seco de súbito. A poco ya no se podía salir a la calle sin que se llenasen de lágrimas los ojos. Aquí, con peligro de su vida, prendía un hombre en las altísimas techumbres festones negros que debían colgar, en signo de duelo, por sobre los muros de su casa; allá un niño afanado, con su pequeño martillo, clavaba en su puerta un lazo de crespón; ya al fondo de una calle, alzaba un templo sus columnas robustas envueltas en colgaduras funerarias; ya una humilde mujer asomaba a su ventana una banderilla de los Estados Unidos con sombríos ribetes. A toda prisa vestían con los atributos del dolor, fachadas, pilares, balcones, cornisas, muestras. Al ver el rostro severo de cada hombre, dijérase que a cada uno había visitado en la noche un huésped enemigo. En las calles suntuosas y en las calles miserables, en el opulento Broadway y en el popular Bowery, en la humilde Tercera Avenida y en las paupérrimas calles de los ríos, de piezas de merino, o rica gasa, y de luciente lustrina o trozos de vestido, se

hacían coronas, orlas, rosetas, gallardetes, alegorías, marcos, templos. Colocáronse en las vidrieras almohadones de flores. Sin palabra de aviso, los negocios, que comenzaron con languidez, interrumpiéronse a poco. Claridad de su mente y alegría de su corazón había perdido cada uno con el muerto. Caudales entraban en la suscripción iniciada por el creador del cable submarino a beneficio de la familia del Presidente. Y las campanas tañían; y se envolvían en negros arreos las torres de las altas iglesias y las cúpulas de los arrogantes edificios; y en la casa de campo colgaban de su puerta los labradores la insignia de la amargura, la rosa blanca y negra; y ondeaban al aire las locomotoras su penacho de gasa y su penacho de humo; y como a un tiempo hablaban todos los poseedores de teléfono de la ciudad, oíanse por los tubos, no palabras, sino como rumor de ola creciente; y venían por los mares mensajes ternísimos de emperadores y libertadores, de corporaciones y de gabinetes, de pueblos, y de reyes.

En el gigante cuerpo todos los miembros se paralizaron. En los colegios, los maestros se volvieron sacerdotes y los discípulos corderos espantados de la ira del Señor. En Tribunales, Ministerios, Bolsas, Aduanas, Municipios, Bancos, las plumas reposaron inactivas sobre los escritorios olvidados. Los negocios parecieron profanación. La virtud llenó un instante a la vez todos los corazones. Los hombres fueron durante algunas horas hermanos en la tierra.

Los americanos del Sur, sobre cuyas cabezas había blandido Garfield la luciente espada, lloraban como los americanos del Norte. La mercantil Filadelfia cerró sus libros y los envolvió en crespón. La orgullosa Boston, la clásica Washington, la inmensa Chicago, la elegante Saratoga, y las que fueron fortalezas del Sur como las que fueron fortalezas del Norte, doblaron la frente y alabaron al hombre, y en honra suya, apartaron aquel día los ojos de la tierra y los fijaron en el cielo.

El arado, en suma, quedó clavado en el terruño en que recibió el labriego la noticia, y apagado el fuego en los senos de hierro del vapor pronto a darse a la mar.

En las mismas horas, como tributo a la ley y prenda de respeto a la nación, ansiosa de cuanto hace a la vida y muerte de su jefe, destrozaban los cirujanos el magro cadáver. Aquella enfermedad había sido una lucha magnífica entre la voluntad de un hombre y el apetito de la muerte. Mientras hubo cuerpo que defender, y aposento en que estar, el enfermo lo defendió y el alma estuvo. Voló el espíritu vital cuando la carne había sido consumida, y la piel cubría los huesos, y los tejidos, sin sangre pura que los alimentara, corrompíanse y abríanse. Lo que se había creído huella de la herida, y estación de la bala, era un

canal de pus. La causa inmediata de la muerte, revelada por la autopsia, fue hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas que estaban en el camino del proyectil matador. La sangre rompió el peritoneo, y se vació, como en un cuarto de litro, dentro de la cavidad abdominal. La bala, que había burlado todas las ciencias de los hombres, y los aparatos que la persiguieron, apareció enquistada bajo el peritoneo, como a dos pulgadas y media a la izquierda de la espina. Rompió la piel, fracturó la costilla undécima derecha, pasó a través de la columna espinal, enfrente del canal espinal, fracturó el cuerpo de la primera vértebra lumbar, arrastró a las partes blandas adyacentes gran número de esquiras, y se alojó después de su devastadora carrera, bajo el páncreas.

Con ella iba el decreto de muerte del herido.

Prolongársele la vida pudo, para que fuera admirada su fortaleza y estimadas en su alta valía sus virtudes, y ablandada, con la generosidad que en todos los pechos despertó este gran dolor, la cólera pública; mas salvarle no se hubiera podido.

Y en tanto, cuando en sus entrañas calientes buscaban las trémulas manos de los médicos el proyectil mortífero, dormía en su celda, contento del mayor grosor que en ella ha adquirido, el ruin e inicuo ambicioso que le dio la muerte. Ha engrosado el villano. ¡Fía tal vez en la bondad humana! ¡Fía tal vez en los recursos de su inteligencia, que él estima extraordinaria! ¡Fía tal vez en el agradecimiento tácito de aquellos a quienes su maldad ha aprovechado, y van a juzgarle! Vive de amarse, y de gozar corporalmente. Se mira y se celebra. Ama la vida como la aman los cobardes. Quería gloria, y sin valor para labrar la suya, detuvo la ajena. Es Eróstrato. Aquél quemó el templo, alegre refugio del Universo antiguo: éste abrasó las entrañas de un hombre creador de sí mismo, fuerte por el trabajo, grande por la constancia, noble por la bondad, labrador de su fama, hijo de Dios y hombre de Dios, educado por la libertad para ser guardián de ella, criado a los pechos del dolor con jugo amargo; ¡éste abrasó a un hombre honrado, sensato, investigador, trabajador y libre, templo moderno! ¡Cuán poco pago -se dicen ahora los hombres- es la sangre emponzoñada de ese asesino para la existencia magnífica que nos arrebató! «¡Que una vida tan miserable haya podido apagar una vida tan grande!», ha escrito Holland, el autor de *Catalina*, un celebrado poeta. En las calles, de balcón a balcón cuelga ahorcado el asesino en efigie; en las plazas, ante la policía que lo tolera, es quemada la imagen bajada de la horca; en su espalda al danzar en el aire se leía en ancho cartel: «¡Este es el veredicto popular!» En los bosques, elegantes conjurados, tras espesas máscaras, juran hacerlo morir de una muerte no oída, digna de su crimen, y no de la vulgar muerte a que pudieran condenarle los

tribunales; en anuncios de tiendas, y papeles de escasa monta, atados por gruesas cuerdas tobillos y músculos, y el rostro cubierto, y el cuerpo pendiente por el cuello, vense retratos del impasible malvado.

Mas este clamor de venganza, expresión brutal y violenta de una ira generosa, relégase a oscuros pueblos, y a las barriadas bajas, en tanto que persuade a la masa real e imponente de la nación una triste convicción de la inutilidad de la cólera; que no podrá con el puñal que clave en el pecho del reo, rasgar las vestiduras de luto que envuelven hoy todos los corazones. Es disgusto de él y horror de él y desprecio de él; y como ha muerto en la estima de los hombres, se le cree muerto. Y es que el espectáculo de la santidad santifica y el contacto con el perdonador nos induce al perdón; y las almas llenas de cosas celestes y ocupadas de Dios no creen en la eficacia de las justicias de la tierra. Es que un gran muerto necesita mayor homenaje que una estéril muerte.

Es que no merece el asesino ni que se cobre en él el precio de su crimen.

¡No! Para volver las manos a Él, quien nos ve desde su tumba con ojos de padre, ¿hemos de llevarlas manchadas de sangre, de impía y vil sangre? ¡Ruja en su cueva y en su tiniebla y en su olvido el malvado envidioso! ¡Que las piedras y el hierro acompañen hasta las postrimerías de su infame vida su corazón de piedra y de hierro! ¡Los hombres que han de elaborarse a sí mismos y merecer a sus héroes no tienen tiempo de matar a un vil!

¡Y a este punto han venido las mentes traídas a bondad y a blandura por el espectáculo admirable de ese moribundo tierno y heroico, de cuyos labios no salió nunca pregunta de odio ni palabra de ira!

A tiempo viene este dolor inmenso a igualar en este pueblo negociador, la vida espiritual enferma, y la vida mercantil, sana en su medida natural, pero, fuera de ella, petrificadora y corrupta. Piérdense las vidas empleadas en el amor de sí propio; y en el recuerdo eterno cuéntanse sólo aquellas confundidas en dolor y amor, y en faena y en lágrimas con los demás. ¿Qué voz secreta habla a los hombres? ¿Qué anciano bondadoso se sienta todas las noches a su cabecera y guarda su sueño? ¿Qué monarca sabio, sentado en el cielo, gobierna a las naciones?

¿Quién mueve a su merced las corrientes impetuosas de la vida humana y enfurece a los hombres y los calma, y cierra las puertas de su corazón, y las abre después a las palomas? ¿De qué manto resplandeciente y maravilloso son ondas las nubes? ¿En qué mano ciclópea, nudosa como una cordillera de montañas, residen las riendas de los hombres?

Después de la autopsia, cerrado el cuerpo roto, empezó la colossal apoteosis. ¡Sobre caminos de flores, entre sollozos y llantos, entre muchedumbres postradas; entre enlutados ejércitos; entre banderas, y festones, y coronas y lauros; entre ofrendas de monarcas y amor de pueblo, gloriosísima ofrenda; por puertas de palmas; sobre almohadas de rosas, bajo bóvedas de oro; entre paredes de mármol, ha cruzado este muerto la nación!

De la orilla del mar llévanlo a Washington, la capital histórica y dramática. De Washington, la ciudad de sus glorias, fue a Cleveland, la ciudad de sus faenas, de sus comienzos, de sus luchas de pastor y de maestro, de sus amistades candorosas, de sus recuerdos más tristes y más dulces. Y en Cleveland, ante la nación suspensa, recogida en sus hogares, arrodillada en los templos: ante cien mil testigos, idos de todas partes de esta conturbada tierra; a la hora en que alzaban por él preces la madre Inglaterra y el lejano Egipto, y Francia y Alemania oraban a una, y la reina inglesa, humillada de hinojos, rezaba por el muerto con sus hijos; en Cleveland, ante las banderas plegadas y los tambores vestidos de negro, y las águilas nacionales abatidas, bajó a la tierra el hombre que la ha honrado, fortalecido, amado y mejorado.

En Long Branch comenzó la apoteosis. Los elegantes vecinos del aristocrático lugar, los numerosísimos recién llegados de Washington y Nueva York, la suntuosa y acaudalada muchedumbre que habita en verano las playas favorecidas del afamado pueblo de baños, con olvido de toda convención, y de la aspereza y frialdad que impone la raquítica exhibición de mutuo lujo en que los modernos hombres viven -como si a aquel sol de virtud se hubiera deshecho todo el hielo que los celos y ambiciones de los hombres amontonan- se agolpaban silenciosos, humildes, tristes, cual negra marea que fluye y refluye bajo el palio oscuro de la noche melancólica, a la casa del muerto. Allí se abrió por primera vez a la multitud anhelosa el teatro de tanta esperanza y tanta angustia. Allí, durante una hora, desfilaron unos tras otros, ante el cadáver, los espectadores afligidos. Se oía como rumor de alas que pasasen; y como olas de océano poderoso estallaban fuera de la puerta los gemidos. Allí estaba, en su sencillo ataúd negro, adornado sólo con gruesas argollas de plata, aquel cuya vida deja tras sí calor de sol y resplandor de luna. Los vestidos que llevó cuando juró, seis meses ha, ser fiel a los deberes de la Presidencia, ésos llevaba ahora: que no sabe el hombre, al aprisionar su cuerpo entre vestidos, si entrará con ellos a la casa de la Gloria o a la casa de la Muerte. En una lámina de plata, clavada al féretro, se leía esto:

James Abraham Garfield nació el 10 de noviembre de 1831.

Ha muerto Presidente de los Estados Unidos en 19 de septiembre de 1881.

Y a sus pies se cruzaban dos ramas de palma en forma de una V:

«¡Victoria!».

¡Oh! Las garras de la muerte habían dejado huellas en su rostro hermoso; como al paso del negro ángel, las rudas alas, hiriéndole la faz, habían arrebatado de él toda la carne. Nidos vacíos parecían sus ojos; la barba, como oleaje de mar muerto, caía sobre el pecho: semejava la frente campo arado. Su mano, como la posaba en vida, posada sobre el corazón.

Cerradas a los extraños las puertas, abriéronse a la Iglesia. El pastor de la Iglesia Presbiteriana leyó a la cabecera de aquel apóstol pasajes de los apóstoles; leyó pasajes de aquella Epístola a los Corintios, llena de fe divina y ciencia humana; y luego con voz trémula alzo la voz a Dios y dijo:

-¡Oh, Tú que conociste la sepultura de Bethania, aquella tumba abierta del hermano en Bethania! ¡Oh, Tú que tuviste compasión de la viuda de Naín, cuando cargaba a su amado muerto! ¡Oh, Tú que eres el mismo ayer, hoy y eternamente, en quien no hay mudanza ni noche, ten merced de nosotros en esta hora en que nuestras almas no saben ya donde volar! ¡Mas volamos a Ti! ¡Tú conoces estos dolores que sufrimos!

¡Oh, Tú, Dios de las viudas, ayuda a este corazón estremecido delante de Ti! ¡Ayuda a estos hijos, y a los que no están aquí! ¡Sé el padre suyo: ampáralos en el distante Estado que veló por ellos en su infancia; ampara a esta nación que hoy sangra y se inclina ante Ti!

Trueca, Señor, en beneficio nuestro, este castigo; guía, Señor, a los que fueron sus compañeros en el gobierno: haz que de las tinieblas de esta noche de amargura surja un día más sereno, para la gloria de Dios, y el bien del hombre. Gracias te damos por el recuerdo de esta vida que se extingue, víctima de su consagración heroica a los principios: gracias porque él fue tu siervo, y te predicó y enseñó tu vida, y aprendió tu ejemplo, y podemos decir de él ahora: ¡Benditos son los muertos que mueren en el Señor: sus obras van tras ellos! ¡Y ahora, buen Dios, acompaña a estos tristes viajeros en este amargo viaje; fortifícalos y anímalos, buen Dios, y llévanos a todos presto a la mañana que no tiene noche, al hogar que no tiene lágrimas, a la tierra que no tiene muerte! ¡Por el amor de Jesús! Amén.

La locomotora, ansiosa de su carga, mugía ya impaciente a las puertas de la casa: en sus clamores se extinguieron los del hombre del Señor cristiano: en sus brazos poderosos, brazos dignos de llevarlo, volvía el héroe a Washington. Pusiéronle en un carro todo arreado de duelo, donde doce soldados daban guardia, y como vigilando por su mártir, artesonaban el techo en colgantes

festones las banderas. El tren, por no interrumpir aquel glorioso sueño, se movió lentamente, y cruzó los prados, costeó el mar ancho, se perdió en el luengo espacio, en tanto que, como familias privadas de su jefe, volvían los moradores de Long Branch a sus desiertas casas, y en aquella que vio morir al hombre bueno, se apagaron los últimos ruidos de la vida, se echaban sobre los aposentos vacíos las tristes llaves y, cual si llorasen la catástrofe terrible, los parquécillos de césped del contorno, antes tan verdes, resplandecientes y galanos, ahora azotados por tantas plantas ansiosas, quedáronse amarillos, y como turbios, despedazados, pálidos y secos.

Corrió el tren hasta Washington entre murallas de gente: en Princeton, donde los jóvenes de los colegios habían cubierto el camino del tren de recién cortadas rosas, aquellas manos infantiles arrojaban guirnaldas y coronas al carro funerario. En Filadelfia, al asomar el lúgubre cortejo, descubriéronse decenas de millares de hombres: hacía llorar el colosal silencio. En Wilmington, avalanchas compactas impidieron el paso de la locomotora que se movía penosamente por entre ellas. En Washington, la ciudad estaba empedrada de gentes y colgada de ellas; avenidas y plazas, balcones y ventanas, aceras y techos, todo, desde la estación, totalmente cubierta de paños negros, hasta el Capitolio, aderezado con severo lujo, rebosaba seres humanos. No hubo en tres horas en Washington una cabeza cubierta. En hombros de artilleros, y cercado de un cuerpo escogido de tropas de la Unión, fue el féretro hasta el carruaje que lo condujo a la Casa nacional, tirado por seis caballos arnesados de duelo. Ni un brusco ruido, ni palabras importunas, ni un murmullo siquiera, alteraba aquella paz solemne, sino ahogados sollozos.

Y los que estaban contenidos en los pechos, por respeto o timidez, hallaron libre suelta, y las lágrimas asomaron a todos los ojos cuando al llegar al pie de la rotonda la vasta procesión, al tocar aquellos peldaños resplandecientes de la escalera de triunfo, al cruzar el féretro ante la estatua del honrado Washington, rompió la banda en sonos melancólicos, y entonó un aire hermoso, triste y caro a todo corazón americano:

«¡Más cerca, mi Dios, de ti!» A un lado y a otro de la imponente escalinata, aguardaban el féretro los hombres más ilustres de los Tribunales y las Cámaras, y cuando desde lo alto de aquella majestuosa gradería se miraba a aquella muchedumbre prosternada, sigilosa, amante, y sus rostros afligidos, y sus cabezas desnudas, y sus ojos húmedos, y antes se extinguía la mirada atónita en el distante espacio, que el gentío respetuoso y en las avenidas del admirable Capitolio; cuando se veía faz a faz el generoso premio, y aquel tributo de amor pagado al mártir, sentíase el que miraba poseído de todas las excelsitudes de la grandeza, y las embriagadoras seducciones del martirio. Tras el féretro iban,

unidos por un dolor visible en ambos, los enemigos airados de la víspera: el nuevo Presidente Arthur y el jefe del Gabinete de Garfield, Blaine; Windom, celebrado Ministro de Hacienda; y el Jefe del Cuerpo judicial; el general Grant, que ha mostrado en esta muerte pesar profundo, y el general Beale, su frecuente compañero.

Iban los miembros del Gabinete, Swaim y Rockwell, los dos tiernos amigos de Garfield, su Mecenaz aquél, su Píladés éste; los fieles Secretarios del Presidente muerto; funcionarios notables, y los brillantes oficiales del amaestrado ejército y la famosa armada de la Unión.

Transpusieron la escalera de mármol; pasaron bajo la puerta de bronce; dejaron el cadáver sobre el catafalco mismo donde estuvo expuesto, largos años ha, el cadáver de Lincoln. El cuadro alegórico de Brumidid, el cuadro de la gloria americana, coronaba, como las nubes a la tierra, el féretro. Arriba, sobre la cúpula, la estatua de la Libertad saluda al sol que nace a sus pies, bajo el pavimento; ábrese la cripta que destinó el Congreso a Washington; y allí, en el lado de Oriente, extiéndese el pórtico en que prestó, en el día glorioso de la inauguración, su solemne juramento. Franjas de plata en terciopelo negro adornan el sencillo catafalco. ¡Así ha de ser la muerte cuando se ha vivido bien, luego de la vida: en negro terciopelo, franja de plata!

Al día siguiente, una rueda nueva reemplazaba a esta rueda rota.

El nuevo jefe de la nación, que entre dramáticos incidentes y en una hora de real y viril amargura había prestado en un artístico aposento de Nueva York, la promesa de lealtad a su alto cargo, la prestó segunda vez, en el salón del Vicepresidente en el Capitolio, en conformidad a la histórica ceremonia nacional. Digno fue el acto, como han venido siendo siempre dignos todos los actos de orden personal del nuevo Jefe. No la usual multitud de ilustres curiosos, sino escaso número de graves funcionarios o celosos amigos asistieron, por especial invitación, a la ceremonia. Allí, entre altos magistrados y Secretarios de la Presidencia, el justicia mayor, en su severo traje oficial, tomó al nuevo empleado de la nación el juramento de su empleo: «Juro solemnemente que cumpliré con fidelidad el cargo de Presidente de los Estados Unidos, y preservaré y defenderé, con toda mi energía, su Constitución.» El Presidente, que había tenido la mano puesta sobre la Biblia abierta que mantenía un funcionario de la Suprema Corte, inclinó su robusto y alto cuerpo, besó humildemente la Biblia, y dijo con voz firme y distinta:

«Juro: así ayúdeme Dios!» Y con grave ademán sacó del pecho un breve manuscrito, y trémulo al comienzo, y con las manos agitadas, mas luego con voz clara y manos serenas, leyó su varonil discurso de inauguración, en que

elogia a aquél contra quien combatió, ofrece luchar por lo que él luchó, y asegura que cumplirá al país las promesas de reforma osada y hábitos puros que su predecesor había iniciado en el Gobierno.

¿Ni cómo, ante la universal admiración al generoso muerto, hubiera podido decir en su discurso inaugural cosa distinta? Mas, porque se le pudiera suponer y supone, no caudillo de sus parciales, sino parcial de otros caudillos, recabó en frase enérgica y oportuna la suma de autoridad que cabe en la Presidencia y anunció el propósito de ejercerla.

De la ciencia es padre el tiempo. Y es la política como cera blanda, que se ajusta a un molde inquieto, variable y hervidor. Como hunde el crepúsculo el día y la noche, así a la sombra de este ataúd aunque a la larga hayan de reaparecer, se han comprendido por el dolor y por el respeto, y por la necesidad de bien parecer, y por la utilidad que de ello les viene, las dos secciones del partido republicano.

Mas las lides políticas que ya en estos días cobran aire y vigor de novedad, cesaron en la semana de ceremonia fúnebre, avergonzadas, y no llegaba de ellas noticia alguna a la afligida familia nacional. A un coronel que intentó -porque es ley que en el hueco del árbol en que se posa el águila anide la serpiente- revivir las calumnias que contra Garfield se lanzaron en la agria campaña electoral, en un artículo publicado a la raíz de la muerte del noble hombre, le persiguieron indignados, y con aplauso de la comunidad ofendida, los estudiantes de la villa; sitiaron su casa; recorrieron en procesión amenazadora la población; con proyectiles llenos de tinta, señalaron la fachada del edificio del periódico; juzgaron como a ser extraño a la especie humana al coronel, y lo quemaron en efigie.

Demócratas y republicanos han llorado y lloran, en común, la pérdida del Jefe honrado; y en aquella estupenda mole viva que se acumuló en Washington a ver los restos del Magistrado difunto, era de ver con júbilo, como por primera vez, después de la guerra, los odios de los hombres se endulzaban frente a la tumba de un hombre que no tuvo nunca odio. Luchó contra el Sur, por la gloria de la nación, la redención de los esclavos, y el aseguramiento de la libertad; pero amó al Sur. En su corazón apostólico no cabían hidras. Guardaba la justicia para abatir a los malvados; mas era naturaleza de su juicio la cordura, y bondad era en su corazón naturaleza. Así negros inválidos de los Estados Unidos rebeldes formaban en la procesión interminable que aguardaba en las calles desde el alba su momento de entrada en el Capitolio, al lado de elegantes damas de Washington, de corpulentos californianos y despiertos neoyorquinos. Arrastraban su pierna herida, o su muleta poderosa, largas horas; y ascendían,

como el muerto el día anterior, la escalera de mármol; y entraban, como el muerto, por la puerta de bronce; y sobre ellos, como sobre el muerto, brillaba cual brilla el cielo sobre los hombres, el cuadro de las glorias americanas, y de pie sobre la cúpula magnífica, la estatua de la Libertad mirando al sol naciente. Vio aquel día la imponente rotonda 150.000 seres humanos.

Las madres llevaban en sus brazos a sus hijos. Ciego había, llevado por su amigo. Las gentes pobres de ciudades y aldeas vecinas, llegaron cubiertas de polvo, tras viaje de toda la noche, con su cestillo de provisiones en la mano. Seis mil vieron el cadáver cada hora. Afuera, poseídas de respeto, murmuraban apenas: dentro, traspasadas de angustia, rompían a llorar. Una mujer, con los cabellos blancos, juntas las manos en actitud de plegaria, cae arrodillada y casi exánime, murmurando entre lágrimas: «Querido corazón, ¡cuánto ha de haber sufrido!

».

Los niños, como quien se acerca al sol y mira a una montaña, se detenían con asombro y respeto ante el féretro. Henchía el aire en la rotonda perfume de flores. En una almohada de claveles blancos se leía en siemprevivas azules: «Nuestro llorado Presidente». Sobre una columna truncada de bellas rosas, una blanca paloma extendía las alas.

Abríanse a poca distancia del ataúd, con flores magníficas labradas, las puertas del cielo. Alzábase no lejos, en forma colosal, la corona de la gloria. A los pies del catafalco yacía una corona majestuosa y rica, de rosas de Niel, blancos claveles, aromosos jazmines y hojas de geranio; y entre las flores se leía, honrando tanto al enviador como al difunto:

«La Reina Victoria a la memoria del Presidente Garfield. -Expresión de su pena y su simpatía con la señora Garfield y la nación americana».

¡Oh, esta reina ha domado la etiqueta y ha hecho brillar su corazón! Su angustia durante la enfermedad de Garfield, ha sido angustia maternal.

Con el alba amanecían en la casa del herido sus telegramas. Su interés era vivo, infatigable. Quería informes propios, no oficiales. Ha estado en espíritu a la cabecera del enfermo. De su trono de reina ha venido a sentarse en el hogar del labrador de la casa de Mentor. Ha saludado como amiga a la admirable esposa del Presidente. Ha preguntado asiduamente por su salud, y la de sus hijos, y la anciana madre.

¿Qué ha faltado en verdad a este hombre que acaba de morir? ¿Ni cómo había de morir hombre tan venturoso? Es su casa transparente, y su vida queda como

escrita en bronce. Fue grande en aquello en lo que se es difícilmente -en el hogar. Tuvo tierna, fiel, nobilísima esposa.

Pudo verse a sí mismo con orgullo. Tuvo amante, providente, enérgica madre. Ante su fosa llora un pueblo. Y los pueblos se congregan para llorarlo, y por encima de aves rapaces y leones parece que se cierne una paloma.

El día después del de la muerte, la madre, que era alba en sí y magníficamente pura, se había vestido con el alba, y con sus ojos que han visto morir ochenta y tres años, leía la Biblia. Termina el pacífico y señorial almuerzo de las casas de campo americanas: la anciana quiere leer el telegrama del día que le arrebatan.

-Madre -le dicen- ¿podrías tú recibir hoy malas noticias?

-¿Por qué? ¿Por qué?

-Madre, hay malas noticias.

-¿Está muerto? -preguntó la anciana temblando.

-¡Está muerto!

¡Qué torrentes de lágrimas!

-¿Es verdad? -pregunta de nuevo con labios balbucientes- Ayúdeme el Señor, pues si él está muerto, ¿qué haré yo?

Y leyó con ansia la briosa anciana el periódico del día. Y decía a cada instante:

-¡Pues no puede ser que yo viva si él ha muerto!

Extraña luz la que brota de estas amables cosas escondidas, mas parece que de aquella cabeza venerable, coronada de canas, resplandece luz suave de aurora boreal. No ha visto Washington procesión más imponente que la que, el día 24 de septiembre, acompañó el cadáver de Garfield a la estación de que partió el tren que llevó sus restos a donde a la sombra de los sauces nativos, las paredes del ataúd lucharán en vano por resistir la obra transformadora de las entrañas voraces de la tierra. De forasteros y gentes de la ciudad estaba lleno Washington.

Anchas como plazas son sus calles; y sus plazas son circos, mas a la gran multitud venían estrechas. Habíanse hecho en la hermosa rotonda ofrendas a Dios y ante dos mil afortunados espectadores, los Ministros extranjeros, el alto ejército, la alta marina y los cuerpos más importantes del Estado, habíase leído la Biblia: había el Rvdo. Isaac Erret elevado al cielo elocuente plegaria y el pastor de la iglesia que fue en Washington la iglesia de Garfield, había honrado en hermosas frases al que él llamó Garfield el Bueno.

Una música suave, que semejaba vapor que se eleva o lumbre que se extingue, la música del «En el dulce porvenir» acompañó el cadáver a la arrogante carroza fúnebre. Allí todo el ejército, allí las bandas; allí la policía montada, a la vanguardia el Estado Mayor, zuavos, veteranos, infantes, artilleros, cadetes y marinos. Allí cañones con arreos de duelo, y el gran ejército de la República, y los mozos del Club Conkling en su brillante traje azul, y Caballeros Templarios de Washington, y Templarios de Baltimore, que de allá vinieron para dejar a los pies del Presidente una gran cruz de Malta de muy ricas flores. Y tras ellos, en el carro suntuoso, el cadáver, y en su entorno numerosa guardia de honor de oficiales notables del ejército. Llegóse al tren, rompió la banda de Marina en un místico aire: «Salvo en los brazos de Jesús», colocaron en su carro de viaje al féretro, sobre el cual, pendiente de la ornada techumbre, abría las alas de flores blancas y amarillas una gran mariposa; y era tal la compacta muchedumbre en torno a la estación de la vía férrea, que luego de ido con su carga que no había de tornar el tren fúnebre, transcurrió largo tiempo sin que se diseminara la gigantesca masa humana, y volviera a su calma la ciudad vacía de su grande hombre.

Los jardines del tránsito habían sido segados, y las ramas más frescas de los árboles, para honrar al muerto. En las estaciones en que se detenía, se detenía sobre rosas. Desiertos quedaban los pueblos, y sus habitantes llenaban el camino. Iba en el tren fúnebre la esposa fidelísima; con los restos de su esposo vino de Long Branch, en solemne hora, hurtándose a los ojos extraños; cerró tras sí las puertas de la rotonda del Capitolio y habló a solas con su esposo muerto; y con él iba a Cleveland, a Cleveland, la ciudad de los funerales. ¡Largo, tristísimo e imponente viaje! La noche, negra; el campo, vasto; fragante el aire; el tren veloz; y el hombre, muerto. Silbaba la locomotora en la campiña; las brisas en los árboles rumoraban; y corrían los arroyos en la naturaleza, junto a aquel en quien había cesado ya de correr el arroyo de la vida. Sonaban en la medianoche, las campanas de iglesias y de escuelas, grave, lúgubrememente. En la pradera solitaria, y valle ameno, veíanse a la tibia luz de la aurora, grupos de campesinos que aguardaban el paso del tren, con la cabeza descubierta; labradorcillos con el rostro mustio; labradoras que en tributo al muerto, le ofrecían el reposo nocturno.

En Cleveland, en tanto, era día la noche, y todo anhelo y rivalidad por recibir al glorioso huésped. La quieta, la religiosa, la modesta Cleveland, erigía con singular presteza en su mejor plaza un admirable monumento. ¿Mas dónde había ella de alojar a los cien mil espectadores?

¿Con qué provisiones había de alimentarlos ella? Las casas privadas se trocaron en hoteles; las empresas de los ferrocarriles alquilaron los asientos de los carros;

se juzgó cama buena un montón de césped, o una silla piadosa; resonaban por todas partes en la ciudad redobles de tambores; lucían las diputaciones militares del país sus pintorescos uniformes; ondeaban al aire las plumas de los cascos; las manos de las damas elaboraban hermosas coronas; de siemprevivas y laureles estaban regadas las alfombras de las casas y las calles. Campamento era el pueblo.

Llegó el féretro; ocupó su monumento; la multitud se postró ante él; en un alto arco, al fondo, se leían estas palabras:

Corrió bien la carrera de la vida.

Hizo bien la obra de la vida.

Ganó bien la corona de la vida.

Ahora viene el descanso.

Bullía la generosa población cual cuerpo de súbito henchido con cantidad de sangre extraordinaria. Fue el día una larga procesión al féretro. Fue la noche una inolvidable, romántica, histórica noche. Sobre cuatro empinados arcos, sustentados por negros pilares, listados de oro, se levantaba la dorada cúpula. Yedras y siemprevivas ornaban los arcos; enlutados cañones yacían al pie de los pilares recios; banderas negras colgaban de las elevadas cornisas, y a par de ellas el pabellón de la nación. Reflejábase la misteriosa luz eléctrica sobre las espadas de los escudos, sobre las barras de plata del ataúd, sobre la osada cúpula de oro. Murmuraban los vientos en los árboles; inclinábanse las ramas, llevadas de la brisa al monumento; con paso silencioso movíanse en torno de él centinelas; sobre cruces de musgo y urnas egipcias, sillón vacío, lira, estrella, faro, compás, Biblia de flores, brillaba la luz pálida.

Y en aquella lumbre pálida de ámbar se leía escrito con siemprevivas rojas en la Biblia: «Tu voluntad sea hecha».

Lentamente, y apoyado en su bastón, subió, subió del brazo de un amigo las escaleras del catafalco, un anciano cansado, de mirada profunda, cabello rebelde y rostro lívido. Era Blaine, que en el seno de la vasta sombra, vasta como sus atrevidos pensamientos, venía a dar el último adiós a su compañero fidelísimo, como él osado, como él honrado, como él prudente. ¡Aquel ataúd se llevaba tantos propósitos de reforma, tantos proyectos redentores, tantos sueños de gloria!

¡La patria corre tanto riesgo en manos de los ambiciosos! Y bajo la mano nerviosa temblaba la caña, y con larga mirada envolvía el ataúd, y sobre su faz lívida resplandecía la luz eléctrica.

El lunes, día de los funerales, era día oficial de duelo, día de humillación y de plegaria para toda la nación. A un lado pusieron estos cincuenta millones de hombres los instrumentos de trabajo. Se abrieron las Biblias y resonaron los órganos. Cleveland amaneció de pie, dispuesto a la tristísima faena. Día inmenso en que todo corazón sintió congoja. En ancha plataforma, levantada a espaldas del monumento, en torno de la cual la leal multitud se agrupaba desde la mañana en suma enorme, comenzaron a tomar asiento los hombres más famosos de esta tierra. Era el oficio fúnebre. Un grupo de mujeres, ocultas bajo espesos velos, sube a la plataforma: es la anciana de ochenta y tres años, faz a faz de su hijo. ¡Es la compañera de toda la vida, fiel más allá de la tumba! Es la hija trémula. En grupos vienen y en silencio se sientan, los hombres famosos. El uno es Hayes, con su rostro sereno, y lucientes sus cabellos rizados, su apostura digna, grave, impenetrable. Cerca de él se sienta y cierra los ojos, como si el mundo externo fuera ante él menos espacioso y solemne que el mundo interior, el triste Blaine. Allí se reúnen: el bizarro Hancock, que llora con rudas y nobles lágrimas de soldado la muerte de su vencedor; el hijo de Lincoln, de marcada faz teutónica, en cuyo espíritu lleno del grandioso espíritu del padre, deben correr a la vista de este otro hombre asesinado, aguas amargas. Dos héroes de la guerra toman allí asiento: Sherman inquieto y penetrante; Sheridan, cuya mirada atrae y deslumbra. El senador Bayard, que va a ser electo presidente del Senado, y a entrar por tanto en la línea de sucesión legal a la Presidencia de los Estados Unidos, está allí con su faz patriarcal, reposada y afable, al lado de Jones, el tenaz demócrata, que viene a tributar honores con su jefe al caudillo que un año hace lo venció en reñidísima contienda. De gobernadores, de guerreros, de afamados políticos, de sacerdotes, de oradores, de los más leales corazones y más claras cabezas del país, se llena al cabo la plataforma. Se entona un himno, que cien voces levantan. Una voz conmovida lee en las Escrituras aquel pasaje que empieza: «El hombre que nace de mujer, dura poco y vive entre amarguras». Un sacerdote se levanta luego:

«Oh Dios -dice-, Dios. Gracias te damos por ese noble, gran carácter de nuestro muerto Presidente, que se ha alzado tan alto ante nuestra nación y el Universo; haz que te demos gracias porque la rectitud de que dio ejemplo prevalega y cunda en toda la nación».

«En ti amó, Señor, en ti muere», cantó la sociedad vocal. Y con su último acento se levantó a hablar el reverendo Erret, el apasionado, elocuente reverendo. De él era el honor de hablar del muerto. No fue en verdad una de aquellas aladas pláticas, y maravillosos transportes de elocuencia que como león de melena de oro, o cóndor que hiende nubes, surgen en horas graves de los labios de los brillantes oradores hispanoamericanos. Fue una oración

oportuna, sesuda, reposada: de enumeración de merecimientos, conjunto de juicios, amonestaciones racionales y avisos honrados.

«Nos hace falta la virtud, para continuar siendo el pueblo grande y libre de la tierra. Aquí lloramos por un hombre ilustre que fue todo lo que fue en grado supremo, y combinó, con un poder majestuoso, en igual cantidad fuerzas distintas. Aquí lloramos por aquel en que la ternura del padre fue igual a la bravura del soldado, y dijo en el templo del Señor la palabra divina con la misma fe y fuerza que en el templo de las leyes la palabra humana. Aquí lloramos por aquel hombre sencillo y perseverante, para quien fue el creer sin razón una ignominia, el desconocer algo un tormento, y el conocerlo, causa de deleite. Aquí lloramos por el que predicó la ley cristiana con la palabra ardiente y fácil, y con el ejemplo rudo y difícil, por el senador admirable, llevado al Senado en hombros de su pueblo; por el Presidente osado y honesto que aprovechó la oportunidad para dar golpe al error, y buscó compañía entre los ilustres y puros, y consejo entre los humildes y desinteresados.

La tierra no pudo ponerle más alto, ni su pueblo amarle más, ni él amar más a su pueblo. Noble y maravillosa fue su vida, y nuestro agradecimiento, y el respeto del mundo, y el dolor con que se le ve partir, más grande que ella. A ti, padre celeste de los que no tienen padre, encomiendo la madre que le creó, la esposa que le acompañó, los hijos a quienes dio vida, y a esta Nación que llora sin él huérfana.» Triste, largo, penoso silencio sucedió a la severa plática del grave reverendo. Un sacerdote cantó entonces, coreado por la sociedad vocal, el himno que amó el muerto, canto de trabajo, voz de guerra y estrofa de faena:

¡Oh de la mies humana segadores!

subida la montaña de la sabiduría, y abajo echad, vencidos, los errores.

no haya palabra extraña, ni ciencia oculta al hombre, ¡oh segadores!, servid como yo sirvo al Dios que adoro, y será vuestro premio un templo de oro.

Y descansaba, en verdad cual póstuma y delicada caricia de la suerte, bajo un templo de oro.

Comenzó entonces a moverse hacia lejano cementerio el colosal séquito. En hombros de artilleros iba el Presidente: tras él, en cerradas carrozas, sus deudos y allegados. Lejanos y pausados disparos de cañón, clamor de cornetas, melancólico son de marcha fúnebre, precedieron a aquella corte inmensa. Compañías de todos los cuerpos, comisiones de todas las armas, diputaciones de todas las logias, en uniformes deslumbradores con sombreros plumados y arreos de gran fiesta, seguían al féretro. La logia a que él perteneció, el regimiento que él mandó en la guerra: corporaciones, colegios, centros de

campana electoral, universidades, hebreos, húngaros, suizos, bohemios, trabajadores, teutones, en luenga interminable fila acompañaban el cadáver. Todo lo que lucha por la vida, todo lo que el trabajo alienta, acompañaba a su lecho frío el cuerpo de aquel trabajador, de aquel luchador.

Con él sociedades católicas, racionalistas, israelitas; sociedades de temperancia, sociedades de benevolencia. Con él, en grupo solemne, ciudadanos blancos y ciudadanos negros del Estado. Tras ellos gigantesca procesión de tropa; tras los hombres ilustres de la comitiva, diez regimientos de la guardia nacional. Banderas plegadas y horadadas de balas; aires lánguidos y penetrantes como tocados por fugaces brisas en arpas moribundas, y al cabo, el bravo pueblo, con su desorden pintoresco, sus aseados vestidos, sus sombreros gastados, sus bronceados rostros, sus manos callosas, y su continente triste, y su frase de amor, o su cruz de respeto, atadas a la manga o al sombrero. Él, como ellos, fue pobre y anduvo en fiestas con vestidos raídos, y expuso al sol la faz y al arado las manos. Él, más fuerte que Sísifo, había llevado la roca a la cima del monte, y sentándose sobre ella, amó: por eso ha sido amado.

Bajo un arco abierto de inscripciones entró en el cementerio:

«Duerma aquel a quien hemos amado», decía en una parte. «Duerma aquel en quien tuvimos confianza», decía en la otra. «Ven a descansar », decía el arco en lo alto. Lo dejaron en tierra. Lo elogió al borde de la fosa el capellán de su valeroso regimiento. Las Sociedades Corales alemanas cantaron en latín el «Integer vitae» de Horacio. Altísimo coro que repetía la muchedumbre afuera, cantó de nuevo al aire:

¡Oh de la mies humana segadores!

subida la montaña de la sabiduría, y abajo echad, vencidos, los errores:

no haya palabra extraña, ni ciencia oculta al hombre, ¡oh segadores!

Calló el himno: se hundió el hombre en la fosa. El caudillo que, como quería el monarca budista, había acrecentado la misericordia, la caridad, la verdad, la bondad y la piedad entre los hombres; el que vivió en aquella medianeza comedida que recomendaba a Boscán Don Diego Hurtado de Mendoza; el que poseído de amor divino, venció todo rencor y traba humana, y del acero de sus aperos de artesano hizo su pluma de senador y Presidente; el que puso su palabra al lado de la justicia, su espada al lado de la libertad, y su fortuna a la espalda de su deber; el que, como el Dios de los primitivos hebreos, tomó todas las formas, habló todas las voces, y sufrió todas las amarguras de su pueblo; el que batalló en la hora de la batalla, predicó en la hora de la paz, habló en la hora del debate, sufrió en silencio y amó perpetuamente; el que por la excelencia de

su virtud subió de la más humilde grada de la escala de los hombres a la cima fulgente; el que vuelve a la tierra, blanco como los vellones de cabritillo no nacido que regalaban a sus desposadas los castellanos españoles; el hombre de la humanidad, de su nación y su tiempo, creador de sí, laborioso y amoroso, mártir caído en la batalla eterna de las fuerzas satánicas que devoran y las fuerzas divinas que construyen, moría entre himnos, llorado a la par y con igual ternura, en los confines todos de la tierra, con la corona de una reina sobre su féretro y los cánticos de un pueblo colosal acompañando a la inmediata altura el luminoso viaje de su espíritu.

Volvieron los carruajes lentamente; cayó del cielo lluvia triste; volviéronse a sus lares los tributarios fieles; arrebató la multitud las hojas de las rosas, los pálidos helechos; el seco musgo que había estado a sus plantas, bajo su bóveda, en su féretro; y se sentó en su silla, con la mirada vaga, la infeliz anciana; agrupó a sí sus hijos, en su terrible soledad, la viuda esposa.

Nueva York en tanto ofrecía una admirable perspectiva. Los templos todos de la nación, la catedral católica, la pagoda, la sala metodista, el salón de los librepensadores, los templos todos estaban abiertos. Beecher, Talmage, Adler, Collyer, Chauncey Depew, hablaban.

Moría en la calle el eco de la iglesia. Nueva York, regiamente decorado de duelo, reposaba y gemía. Negra franja cruzaba los carteles de los teatros. Gravedad y pesar decían los rostros. Eran las calles colgadas de luto, cual cauce seco de un río negro. Y el río mismo parecía enlutado. Se deslizaban por él los vapores como si no quisieran ser oídos. No era aquella brillante regata, y vocinglera batalla de los comunes días; semejaban los vapores escasos, los blancos vapores de la travesía, cruzando lentos y aislados por el agua mansa, como palomas tristes que saben que no han de hallar padre ni madre en el desierto nido. Guardianes de cementerio parecían. Edificios había, edificios babilónicos como el del joyero Tiffany, cubierto desde el terrado a las aceras, de merino negro. Con cinta negra atados se vendían los nardos.

Como en luengos hilos corre el llanto por el rostro, en luengas bandas corrían por las paredes los símbolos del luto. Ya era su retrato, en marco de laurel, y surgiendo de entre palmas. Ya era su busto en fondo lúgubre, coronado por un ángel. Unos habían atado al asta las banderas; otros habían prendido a la lanza gallardete funeral; otros colgaban de sus ventanas banderas negras y blancas. Los mástiles de los buques, las cruces de hierro de las torres, las flechas de las veletas estaban enlutadas. No se entraba a las casas sino por debajo de bóvedas luctuosas; artesonaban la techumbre de los pórticos densas gasas y espesos crespones.

Admiraban los forasteros y los urbanos la soberbia metrópoli; del hombre perdido consolaba la esperanza en los hombres que sabían llorarlo; séquito interminable, camino de los templos o de los lugares más ornamentados, llenaba a Broadway, cuando de súbito, con su plumaje de humo pardo salpicado de chispas, una bomba de incendio cruza desalada a los ojos de la suspensa muchedumbre. Una, otra, otra, otra aún, otra más, la siguen. Son águilas rojas que vienen, prendidos en la cresta jirones de nubes, rampando la tierra. Va tras ellas el carro de las escaleras y las mangas; por sus bordes, saltando como duendes, se envuelven los bomberos en sus capuchas de hule; los pasajeros de los ómnibus, que van cuajados de gente, saltan a la calle, anhelosos de ver la horrible fiesta: hay algo de embriaguez para los hombres en todas las grandes convulsiones de la naturaleza.

Aún está la nación bajo el palio negro. En vano han pasado los días de duelo, sin que una sola de las insignias de luto haya sido arrancada de las columnas y los muros. ¡Noble tenacidad de una nación agradecida! En vano ha anunciado el Presidente que debe reunirse en sesión extraordinaria el Senado, para elegir en el presidente de la Alta Cámara el sucesor legal, en caso de catástrofe, a la Presidencia de la Nación, sucesor que hoy no existe; en vano es motivo de curiosa observación ver cómo la mayoría del Senado hoy demócrata, elegirá un sucesor probable demócrata a un Presidente republicano. No vale que se dé cuenta minuciosa de los preparativos del proceso de Guitau. Ni vale que se susurre que se ha descubierto una tentativa de asesinato al nuevo Presidente, lo que parece inexacto. Ni siquiera vale que se discuta calurosamente la creación del Gabinete que ha de suceder al Gabinete de Garfield, que ha retenido cortésmente Arthur, contra quien no ha cuatro meses reñía apretadísimas batallas. Se dice que Fish, el Ministro de Grant, o Conkling, el enemigo de Blaine; se dice que este caudillo animoso irá a desempeñar la embajada de Berlín o la de Londres; se celebra la reserva cuerda, y testimonio de dolor, del nuevo Presidente. Mas sobre la fosa abierta, con las manos llenas de mirtos y siemprevivas, como aturdida del golpe, está aún contemplando a su muerto la Nación. En dádivas, como en plegarias, muestra su ternura.

A trescientos sesenta mil pesos asciende la suma reunida por voluntarias contribuciones a la viuda. A la anciana trémula que ya no quiere vivir comienzan también a enviarle ofrendas cuantiosas. Pide la reina Victoria un retrato de Garfield. Sábese que a la hora de los funerales, estaban abiertos en honor del Magistrado difunto los templos europeos.

Sólo para llevarlos en donativo a las sedientas víctimas del incendio de los buques de Michigan, rodarán de los muros las coronas, y se desprenderán de las techumbres y columnas los arreos del duelo.

El dolor alimenta, el dolor purifica, el dolor nutre. El caudal de los pueblos son sus héroes. Los hombres son pequeños maguas que chocan y se quiebran, y de los vasos rotos surge esencia de amor que alienta al vivo, esa tierra, gigantesca y maravillosa, con sus bravos que caen, sus malvados que hieren, sus altos que asombran, sus tenacidades que repugnan, sus fuerzas que adelantan, y sus fuerzas que resisten, sus pasiones que vuelan, y sus apetitos que devoran; la tierra, pintoresco circo inmenso de espléndida batalla, en que riñen con su escudo de oro los siervos de la carne, y con su pecho abierto los siervos de la luz; la tierra es una lid tempestuosa, en que los hombres, como ápices de brillantes y chispas fúlgidas, saltan, revolotean, lucen y perecen; la tierra es un mortal combate cuerpo a cuerpo, ira a ira, diente a diente, entre la ley del amor y la ley del odio. Ha vencido esta vez la ley de amor.

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de octubre de 1881.

Longfellow

1

Ya aquél ha muerto, y otro, feliz y famoso, está en riesgo de morir.

Un cáncer roe el rostro de Longfellow, que cumplió cuatro días ha, setenta y cinco años. Y no hubo en Atlanta, en Cambridge ni en Boston mano de niños sin flores, y labio sin versos. Allá en Atlanta, sentados en los mismos bancos, niños blancos y negros, recitaron las estrofas melodiosas del bardo de Boston cinco mil voces puras: las voces de los niños, cual si vinieran de mundo armonioso, vibran extrañamente y, cual si temblaran de miedo de entrar a vivir, cuando se alzan en canto parecen llenas de lágrimas. «¡Excelsior!», decían en coro, con la poesía más celebrada de Longfellow, los niños leales de Atlanta, y toda esta tierra que ama a este hombre tierno y bueno y se ha placido en hacerlo venturoso, decía «¡Excelsior!» Él vive en Cambridge, donde con los pies desnudos, las ropas desgarradas y las manos ennegrecidas por la pólvora, llegaron allá en los años de la Independencia, los bravos soldados norteamericanos, que a pedradas y a culatazos, hundidas ya en cuerpos ingleses todas sus balas, venían de defender la fortaleza, afamada por toda la tierra, con cuyas ruinas se amasó este pueblo, la fortaleza de Bunker Hill.

Y posa Longfellow los ojos en el reloj en que posó los suyos Washington.

Y engasta y monta sus pulidas rimas en la alcoba misma en que el héroe tranquilo urdió batallas. La vida, que es para unos como monstruo demente y bufador que los elige por jinetes, y los exalta a nubes, los sacude contra las laderas de los montes, y los esconde en abismos, es para otros riachuelo murmurante que les baña los pies, cargado de flores. Hombre, la fortuna llamó a

las puertas de Longfellow y le dio esa dote benéfica - rabajo-, esa dote de hadas -trabajo poético, trabajo libre, trabajo de creación y de revelación de la hermosura-; ¡y a otros hiende en mitad el hacha de la muerte el cráneo lleno de una selva hermosa! Poeta, nació Longfellow en huerto nuevo, de flores no segadas, en que su mano activa, guiada de ojo perspicaz, segó presto las más lindas flores. De ahí ese frescor de las poesías bíblicas; ese aspecto de tronco de las frases de Job; ese carro de oro en que aparece Ezequiel; esa escala de Jacob, más hermoso aunque menos osado que el Prometeo griego; esos ruidos de bosque de los poemas indios; y esa lengua pictórica y perfumada que habla Homero. Está la grandeza de aquellos bardos en sí mismos, y en haber nacido cuando todo era nuevo. ¡Hoy, los que nacen, hallan altares rotos, que estorban el paso, altares confusos que se alzan en la distante sombra, y en la tierra, los árboles sin flores, y en la morada de los bardos muertos, los grandes bardos que pasan con las primeras flores de los árboles en sus manos! Son inmortales porque aspiraron las primeras flores de la tierra.

Y ¡qué hermosa es la casa que con sus albores se ha alhajado el poeta!

Bajo el pórtico que lleva a su sala ve a los que entran como símbolo del culto que tras de aquel umbral se tributa a la hermosa, la casta y serena Venus de Milo. Sobre la ancha y maciza chimenea guardada por altos tibores de la China, álzase ornamento rico que recuerda las líneas airosas del templo de Paestum. Él trabaja en un ancho sillón, ante mesa redonda, cuajada de libros. Allí relee sus versos musicales: sus «Voces de la noche», en que a vueltas de imitaciones del socrático Bryant, ya apunta el sentidor afable y melancólico, a quien, porque consuele y conforte con su poesía sana y fragante, quiso dar la fortuna fortaleza y consuelo. Relee allí sus «Aves de paso», en que ya ve con ojos amorosos las penas de los hombres; sus «Baladas», en que se acida de mirar atentamente en las obras humildes y armónicas de la naturaleza; y aquella «Evangelina», cuento hermoso de Acadia, olorosa y blanca como un lirio; y aquel «Hiawatha», poema de los indígenas de América, en que se ve la primitiva luz sagrada, los arroyuelos que juguetea entre los céspedes, y se oyen crujir hojas vírgenes al paso de pies nuevos; y aquellos «Cuentos de la posada del camino», ya impregnados de mística embriaguez y ansias de cielo; y aquellas coplas nuestras de Lope y de Manrique, que él dio al inglés, con singular fortuna, porque ese poeta tiene, como el don de ver en pie cosas y hombres pasados, el don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas, de lenguas de Europa, y letras de ellas, y le hicieron maestro cuando tenía apenas dieciocho años, y en enseñarlas sucedió luego a Ticknor, que historió con mano segura las letras de España, y por conocer de fuente propia, como ha de hacer todo el que enseñe, la materia de su enseñanza, fue tres veces a tierras europeas, donde el sol calienta, y la

naranja enjuga los labios ardorosos, como en el mediodía, y donde la tierra parece mar cubierto de perenne espuma y el color del cabello de las doncellas es el color de las naranjas, como en Escandinavia. Y se trajo Longfellow, en sus ojos ávidos, los estudiantes salmantinos, y bridones gallardos de Nápoles, y aquellas mozas de Roma, que son estatuas coloreadas, y aquellos caballeros dormidos, que rezan con sus manos de piedra sobre las sepulturas de las iglesias; y aquellos hombres voladores que cruzan, con velas a la espalda que parecen alas, por las laderas, los valles, los ríos, los pueblos nevados de los daneses. Y así que tuvo de tanto matiz rico llena su paleta, sentóse a ver, con los ojos de quien ve poblada de seres la atmósfera vacía, a este Universo que hierve perpetuamente, como mar en cuna; a esta naturaleza, que se abre perpetuamente, como inmensa rosa, y a oír esas risas de alba, que flotan en la tierra en medio de la noche. Para él la vida es un amable sacerdocio, una tarea grave, un deber que acarrea gloria, si cumplido, y si olvidado, culpa, y miseria, y son los vivos como peregrinos meritorios, que van con las banderas desplegadas, los pies ensangrentados y la azada en las manos, comiendo del trigo que siembran, y bebiendo del agua de los ríos, que vadean con puentes. Dice cosas profundas en versos alados. Habla de fe, hoy que tantos hablan de desesperación. Emerge de sus versos una hermosa tristeza, la tristeza azul de aquel que no ha sufrido, no, la tristeza mordedora, inquieta y bárbara de los infortunados. Las pasiones tuvieron compasión de su alma pura, y en su alma cantan ángeles.

Le hallan perfecto en forma como vaso árabe. Le hallan descriptor excelente, que no escribe con tinta, sino con colores. Le hallan como ruiseñor del verso, que canta en rama en flor. Y le hallan como si no vibrasen en su lira las voces hondas y desgarradoras de las pasiones humanas, lo cual viene de que este poeta ha sido venturoso. El dolor madura la poesía. Los ángeles de Longfellow no tienen manchadas de sangre las alas. A las veces, pálido de ansia, ve ese anciano al cielo, como buscando en él, cual buscan todos los humanos, el bajel invisible que ha de volverle a la patria de que vino. El hombre necesita sufrir.

Cuando no tiene dolores reales se los crea. Purifican y preparan los dolores. Y así ha vivido este poeta, en cuyo honor soltaron al aire sus banderas el día de su cumpleaños las casas del pueblo de su nacimiento, y quedaron sin rosas los jardines comarcanos, porque fueron a llenar los jarrones artísticos de aquel en cuyo espíritu vibra blandamente un arpa melodiosa; de aquel bardo dichoso que ha vivido en el solemne culto y en el apacible cultivo de la belleza; de aquel afortunado en cuya casa, como en paredes de diamante, se quebraron los dardos del dolor.

La Opinión Nacional. Caracas, 22 de marzo de 1882.

Longfellow ha muerto.-Su muerte, sus versos, su vida.-Urnas sonoras.

Nueva York, 1 de abril de 1882.

2

Señor Director de *La Opinión Nacional*:

Ya, como vaso frío, duerme en la tierra el poeta celebrado. Ya no mirará más desde los cristales de su ventana los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas; los árboles abatidos, como por el pesar los hombres, por el viento, y el sol claro, que hace bien al alma limpia, y esas leves visiones de alas tenues que los poetas divisan en los aires, y esa calma solemne, que como vapor de altar inmenso, flota, a manera de humo, sobre los montes azules, los llanos espigados y los árboles coposos de la tierra. Ya ha muerto Longfellow. ¡Oh, cómo acompañan, los buenos poetas! Qué tiernos amigos, esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores, esos que cantan cosas divinas y consuelan!

¡Si hacen llorar, cómo alivian! ¡Sí hacen pensar, cómo empujan y agrandan! Y, si están tristes, ¡cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma, y tañen en los aires, y le sacan sonos, como si fuera el aire lira, y ellos supieran el hermoso secreto de tañerla!

La vida, como un ave que se va, dejó su cuerpo. Le vistieron de ropas negras. Le arreglaron la blanca barba, ondeante sobre el pecho.

Le besaron la mano generosa. Miraron tristemente, como quien ve un templo vacío, su frente alta. Le acostaron en su ataúd de paño. Le pusieron en él un ramo humilde de flores campestres. Y abrieron, bajo la copa de un álamo majestuoso, un hueco en tierra. Y allí duerme.

Y ¡qué hermoso fue en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de la muerte, que hace la vida bella. Era su pecho ancho, su andar seguro, su cortesía real, su rostro inefable, su mirada fogosa y acariciadora. Había vivido entre literaturas, y sido quien era, lo que es mérito grande. Le sirvieron sus estudios, como de crisol, que es de lo que han de servir, y no de grillos, como sirven a otros. Tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fue de los que dan de sí, y no de los que toman de otros. Le graznaron cuervos, que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz. Él anduvo sereno, propagando paz, señalando bellezas, que es modo de apaciguar; mirando ansiosamente el aire vago, puestos los ojos en las altas nubes y en los montes altos. Veía a la tierra,

donde se trabaja, hermosa; y la otra tierra, donde tal vez se trabaja también, más hermosa todavía. No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo que no ve a su madre.

Sentía a veces una blanda tristeza, como quien ve a lo lejos, en la sombra negra, rayos de luna, y otras veces, prisa de acabar, o duda de la vida posterior, o espanto de conocerse, le llenaban de relámpagos los ojos. Y luego sonreía, como quien se vence. Parecía un hombre que había domado a un águila.

Son sus versos como urnas sonoras, y como estatuas griegas. Parecen al ojo frívolo, pequeños, como parece de primera vez todo lo grande. Mas luego surge de ellos, como de las estatuas griegas, ese suave encanto de la proporción y la armonía. Y no batallan en lo hondo de esas urnas ángeles rebeldes en nubes encendidas; ni se escapan de ellas lamentos alados, que vuelan como cóndores heridos, lúgubre la mirada, llameante el pecho rojo; ni sobre rosas muelles se tienden, descuidados, al son de los blandos besos y la amable avena, los tiernos amadores; sino que es su poesía vaso de mirra, de donde asciende en humo fragante, como en homenaje a lo alto, la esencia humana. Hizo el poeta canoso versos varios, y supo de finlandeses y noruegos, y de estudiantes salmantinos, y de monjas moravas, y de fantasmas suecos, y de cosas de la colonia pintoresca, y de la América salvaje. Pero estos ocios de la mente que son bellos, no copian bien el alma del poeta, ni son su obra real, sino aquellos vagares de sus ojos y efluvios de su espíritu, y luengos y ternísimos coloquios con la solemne naturaleza, que era como la desposada de este amante, y se ponía para él sus galas ricas, y le mostraba, confiado en su amor, los tesoros de su magnífica hermosura. Y de sus labios, hechos al canto, fluían entonces versos armoniosos. Así miraba, desde los cristales de su ventana, la tarde oscura, no como quien teme a la noche, sino quien aguarda a su perezosa desposada. Y le parecían los niños flores, y las niñas rosas, y él era para ellos muro viejo, por el que trepaban alegres las rosas y las flores. Le sobrecogía como a onda mísera, el miedo de perderse en el mar inmenso como onda, y se rebelaba, y se preguntaba cuál era entonces la utilidad de tanta pena y la razón de tanto bárbaro martirio, pero tenía piedad de sí, y de los demás, y no contaba estos dolores a los hombres. Quería que se viviese como Héctor y no como Paris, que se viviera sin ira, y con agradecimiento; y que se supiese cuánto hay de hermoso en el dolor, y en la muerte, y en el trabajo. No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos. Creyó que, puesto que se tiene alma, ha de vivirse de ella, y no de vanidad, ni de comprar ni vender goces, por cuanto no es goce el que se compra o vende. Veía la vida como monte, y el estar en ella como la obligación de llevar un estandarte blanco a la cima del monte. Y vivió en paz,

fuera de los mercados bulliciosos, donde los árboles rumoreaban y trabajaba a la sombra de un castaño un herrero robusto, y volaban, como las hebras rubias del maíz tierno, las chispas de la fragua, y se paraba a verlas, como pensativos, parvadas de escolares, pequeñuelos.

Y ha muerto ahora serenamente, cual se hunde en el mar la onda. Los niños llevan su nombre; está vacío el sillón alto, hecho del castaño del herrero, que le regalaron, muy labrado y mullido, los niños amorosos; anda con son pausado el reloj rudo, que sobrevive al artífice que lo hizo, y al héroe que midió en él la hora de las batallas, y al poeta que lo celebró en sus cantos; y cuando, más como voz de venganza, que como palabra de consuelo, sonaron sobre la fosa, abierta aún, aquellos sonos religiosos, salmodiados tristísimamente por el hermano del poeta, que dicen que se vino del polvo y al polvo se vuelve, parecía que la naturaleza descontenta en cuyo seno posaba ya su amado, enviaba el aire recio que abatía sobre la tumba fresca el ramaje del álamo umbroso, y que decía el viento en las ramas, como consuelo y como promesa, los nobles versos de Longfellow, en que cuenta que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma. Y echaron tierra en la fosa, y cayó nieve, y volvieron camino a la ciudad, mudos y tímidos, el poeta Holmes, el orador Curtis, el novelista Howells; Luis Agassiz, hijo del sabio que lo fue de veras porque no fue para él el cuerpo, como para tantos otros, velo del alma, y el tierno Whittier, y Emerson, trémulo, ¡en cuyo rostro enjuto ya se pinta ese solemne y majestuoso recogimiento del que siente que ya se pliega su cabeza del lado de la almohada desconocida!

La Opinión Nacional. Caracas, 11 de abril de 1882.

Jesse James

Jesse James, gran bandido Sus proezas, su fama y su muerte.

Estos días que para Nueva York fueron de fiesta, han sido de agitación grande en Missouri, donde había un bandido de frente alta, hermoso rostro y mano hecha a matar, que no robaba bolsas sino bancos; ni casas sino pueblos; ni asaltaba balcones sino trenes. Era héroe de la selva. Su bravura era tan grande, que las gentes de su tierra se la estimaban por sobre sus crímenes. Y no nació de padre ruin, sino de clérigo, ni parecía villano, sino caballero, ni casó con mala mujer, sino con maestra de escuela. Y hay quien dice que fue cacique político, en una de sus estaciones de reposo, o que vivía amparado de nombre falso, y vino como cacique a elegir Presidente a la última convención de los demócratas. Están las tierras de Missouri y las de Kansas llenas de recio monte y de cerradas arboledas. Jesse James y los suyos conocían los recodos de la selva, los escondrijos de los caminos, los vados de los pantanos, los árboles

huecos. Su casa era armería, y su cinto otra, porque llevaba a la cintura dos grandes fajas, cargadas de revólveres.

Empezó a vivir cuando había guerra, y arrancó la vida a mucho hombre barbado, cuando él aún no tenía barba. En tiempo de Alba hubiera sido capitán de tercio en Flandes. En tiempos de Pízarro, buen teniente suyo. En estos tiempos, fue soldado, y luego fue bandido. No fue de aquellos soldados magníficos de Sheridan, que lucharon por que fuera toda esta tierra una, y el esclavo libre, y alzaron el pabellón del Norte en las tenaces fortalezas confederadas. Ni de aquellos otros soldados pacientes, de Grant silencioso, que acorraló a los rebeldes aterrados, como sereno cazador a jabalí hambriento. Fue de los guerrilleros del Sur, para quienes era la bandera de la guerra escudo de rapiña. Su mano fue instrumento de matar. Dejaba en tierra al muerto, y cargado de botín, iba a hacer reparto generoso con sus compañeros de proezas, que eran tigres menores que lamían la mano de aquel magno tigre.

Y acabó la guerra, y empezó un formidable duelo. De un lado eran los jóvenes bandidos, que se entraban a caballo en las ciudades, llamaban a las puertas de los bancos, sacaban de ellos en pleno día todos los dineros, y ebrios de peligro que como el vino embriaga, huían lanzando vítores entre las poblaciones consternadas, que se apercibían del crimen cuando ya estaba rematado, y perseguían a los criminales flojamente, y volvían a las puertas del banco vacío, donde parecían aún verse, como figuras de oro que vuelan, las de los bravos jinetes, a los ojos fantásticos del vulgo, embellecidos con la hermosura del atrevimiento.

Y de otro lado eran los jueces inhábiles, en aquellas comarcas de ciudades pequeñas y de bosques grandes; los soldados de la comarca, que volvían siempre heridos, o quedaban muertos; los pueblos inquietos, que, ciegos a veces por ese resplandor que tras de sí deja la bravura, veían en el ladrón osado a un caballero del robo, y dejaban latir los corazones conmovidos, cual se conmueven siempre, cuando la buena doctrina del alma no los purifica, ante todo acto extraordinario, aunque sea vil. ¡Así, ante los toros que mueren a mano de los hombres en el circo enrojecido, suelen las damas de España lanzar al aire los grandes abanicos, y descalzarse del pie breve, para arrojarlo al matador, el chapín de seda, y enviarle la rosa roja que prende su mantilla, y batir palmas! Una vez estaba Missouri en feria, y no menos de treinta millares de hombres en la inmensa villa, todos de apuesta y de almuerzo, todos de juegos y de carreras de caballos. Y de súbito, corre miedo pánico. Era que Jesse James había sabido de la fiesta, y cuando tenían las gentes puestos los ojos en las cañas ligeras de los caballos corredores, cayó con los suyos sobre la casilla de la feria, dio en tierra con los guardianes, y huyó con los copiosos dineros de la entrada. Lo que

pareció a los de Missouri crimen que debía ser perdonado por lo hazañoso y gigantesco. Y otras veces esos malvados hundían los codos en sangre. Alzaban en una curva del camino, los hierros de la vía. Ocultábanse, montados en sus veloces caballos, en el soto. Y el tren venía y caía. Y allí era matar a cuantos hiciesen frente al robo inicuo. Allí el llevarse a raudales los dineros. Allí el cargar a sus caballos de grandes barras de oro. Allí el clavar en tierra a cuantos podían mover el tren. Si había taberna rica, y bravo del lugar, a la taberna del lugar iban, a armar guerra los bandidos, porque no se dijese que fatigaba caballo ni manejaba armas, hombre más bravo que los de James. Si se danzaba en las villas texanas con las hermosas del partido, con el cabo de sus pistolas llamaba Jesse James a la casa de la fiesta, y como de él era la mayor bravura, de él había se ser la más hermosa. Enviaron a cazarle espía famoso, y con un cartel sobre el pecho, atravesado de balazos, hallaron al espía; el cual cartel decía que así habían de morir los que enviaran a la caza. ¡Es aquella de las apartadas comarcas de esta tierra, vida singularísima que desenvuelve en los hombres, en la selva libre, todos los apetitos, todas las suntuosidades, todos los impulsos y todas las elegancias de la fiera! Bien es que el cazador de búfalos, hecho a retar al animal pujante, y a sentarse, como en su propio asiento, en los ijares de la gran res vencida, deje crecer y colgar por los hombros su cabello largo, y tenga el pie robusto hecho a hollar troncos, y la mano a doblarlos, y el corazón a la tempestad, y los ojos empapados de esa mirada solemne y triste de quien mira mucho a la naturaleza y a lo desconocido.

Mas, ¿dónde hallan, como quieren hallar diarios y cronistas, hazañas de caballero manchego en ese ensangrentador de los caminos?

Bien es que le mató un amigo suyo por la espalda, y por dineros que le ofreció para que le matase, el Gobernador. Bien es que merezca ser echado de la casa de Gobierno, quien para gobernar haya de menester, en vez de vara de justicia, de puñal de asesino. Bien es que da miedo y vergüenza que allá en la casa de la ley, cerca de puerta excusada y en noche oscura, ajustaran el jefe del Estado y un salteador mozo el precio de la vida de un bandido. ¿Pues, qué respeto merece el juez, si comete el mismo crimen que el criminal? Sombra era la del soto en que aguardaban a los trenes que habían de robar los de la banda de James, y sombra la del gabinete de gobierno, en que el guardador de la ley ajustó el precio del caudillo de la banda. Y los corregidores que le persiguieron en vida, le sepultaron en féretro suntuosísimo, que de su bolsa pagarán, o de la del Estado; el cadáver fue a ser puesto en tierra de la heredad materna, en tren especial, y no en tren diario: llevaban los cordones del féretro del bandolero los corregidores del lugar y millares de personas, con los ojos húmedos de llanto, acudieron a ver caer en la fosa a aquel que rompió tantas veces con la bala de su

pistola el cráneo de los hombres, con la misma quietud serena con que una ardilla quiebra una avellana. Y los empleados de la policía del lugar quedaron arrebatándose la yegua veloz en que montó el bandido.

La Opinión Nacional. Caracas, 1882.

Emerson

Muerte de Emerson.-El gran filósofo americano ha muerto.- Emerson, filósofo y poeta.-Su vida pura.-Su aspecto.-Su mente, su ternura y su cólera.-Su casa en Concord.-Éxtasis.-Suma de méritos.-Su método.-Su filosofía.-Su libro extraordinario: «Naturaleza».-¿Qué es la vida?-¿Qué son las ciencias?-¿Qué enseña la naturaleza?-Filosofía de lo sobrehumano y de lo humano.-La virtud, objeto final del Universo.- Su modo de escribir.-Sus maravillosos versos.

Tiembla a veces la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espíritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo taje y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento; es como uncir cóndor a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra deja tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Universo. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida, el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente.

Emerson ha muerto; y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer, y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver cómo se abre el cielo. Y brillan de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas de combate hacen en lo alto bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el

cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo el que hizo mal su trabajo en esta vida. ¡Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas!

¿Que quién fue ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra.

Fue un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca. Fue uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo.

Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada.

Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma!

¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángeles! Era de niño, tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fue sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar.

Era su paso firme, de aquel que sabe adonde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecén aires puros. El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse y a ansiar salir de sí. Ladera de montaña parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cautivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su frente. Para Carlyle, el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fue la visita de Emerson «una visión celeste». Para Whitman, que ha hallado en la naturaleza una nueva poesía, mirarle era «pasar hora bendita». Para Estedman, crítico bueno, «había en el pueblo del sabio una luz blanca». A Alcott, noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece «un infortunio no haberle conocido». Se venía de verle como de ver un monumento vivo o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí, llana la tierra. Él no era familiar, pero era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque. El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que no crea deseos, ni la

fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto.

Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y como reconvenidos.

Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía de pie como un siervo, buen jerez viejo. ¡Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Frinés de la pena son esos poetillos jeremíacos! ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada.

Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. Era moisiaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león, tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descubrimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario.

Si no le entendían, se encogía de hombros: la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. Él no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. Él veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. Él se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz quebrada que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como sobre zancos? ¿Ni esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver?

¿Ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro? ¿Ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que esto? ¿Ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con olio de la propia vida, y cúspide de monte?

Jamás se vio hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la de su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cegó al pasarlo. La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas, que es la vida. Él no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los crédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombros el manto augusto de la naturaleza. No obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y Dios, por serlo.

Dijo lo que vio, y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fue creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios deleitosos y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro, surgía luz. En él fue enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo, donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolo del dueño, y de umbrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos llevaban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. Él lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo, como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne, que vio por sí, y dijo cosas ciertas; a Swedenborg el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino, que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindús, que asisten trémulos y sumisos a la evaporación de su

propia alma, y a Platón, que vio sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y acaricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué fruición, pensar bien! ¡Y qué gozo, entender los objetos de la vida! -¡gozo de monarca!-. Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio.

La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dotes de bellacos. La vida tiene goces suavísimos, que vienen de amar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, no porque sufre, ni porque alumbra, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta.

No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma, calma; en la mente, alas blandas que acarician. ¡Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecían montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante, como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza.

La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capacidad de ser grande. Se despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos como copos de oro.

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe es máxima.

Su pluma no es pincel que diluye, sino cincel que esculpe y taja.

Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrecía lo innecesario. Dice, y agota lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otros es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminitos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan abajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en periodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones.

Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo, o apareciese a una lumbre tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan:

él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, lo aquilataba, lo ponía a hervir.

Tomaba de él la médula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas florecidas y fragantes: es monte de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no le entienden bien; y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro; mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no discute:

establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario. Para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas.

Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de solo, o a un alba riente. Para ser bueno no necesita más que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en mar luminoso: ¡qué chispazos!, ¡qué relampagueos!, ¡qué venas de fuego!

Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador.

Él mismo lo sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida:

quiso descubrir las leyes de la existencia del Universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje contento, y diciendo que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal; y volvía a sí, fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos.

Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. Él apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu.

Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía. «Naturaleza» se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive, al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta.

Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vio hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. Él no ve más que analogías; él no halla contradicciones en la naturaleza; él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella. Él ve que la naturaleza influye en el hombre, y que éste hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo desolado. Ve que el espectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde

inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo, que todo tiene el mismo objeto, que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo, que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza, que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador, que hay una unidad central en los hechos, en los pensamientos y en las acciones; que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella; que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimular al hombre a buscarse y hallarse; que «dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno». La vida no le inquieta; está contento, puesto que obra bien: lo que importa es ser virtuoso: «la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad»: la vida no es sólo el comercio ni el gobierno, sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que «una estación en la naturaleza». Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes y serenas, que parecen escritas, por sobrehumano favor, en cima de montaña, a luz no humana; así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que parecen espejos de acero que reflejan, a ojos airados de tanta luz, imágenes gloriosas.

¡Ah, leer cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro, es como clavar un águila viva! ¡Si la mano fuera rayo y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: sólo la teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres: mejor que rebelarse es vivir adelantando por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.

¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee:

la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores mas a quien no se conocen superiores. El espíritu presiente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el Universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el ciclo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más que lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud.

Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza:

puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos lo producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás.

La naturaleza se postra ante el hombre y le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosuras, y lo sublime perpetuo.

El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegra, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre.

Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples

formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo, con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Sólo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la infinidad el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto que el corazón que fue a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres.

El crepúsculo nocturno recoge las alas de las aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya no tiene más que andar y remata el círculo.

El Universo es siervo y rey el ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del hombre. El Hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a ésta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbre tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve todo el exterior, y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está Dios fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la Naturaleza?

¿La naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará, y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla pródigo, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en

la tierra, en las aguas y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujan, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arrogancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindús, para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fuego, de su escoria terrenal al seno de Brahma, siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente y deslucen sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y como mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su edificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormiga que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado y brutal y rebelde como piedra, los lúcidos trasportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y

anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el alma siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que sólo se es venturoso siendo puro.

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendiría el aire, envuelto en luz, puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó, y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos, en el senado de los pueblos.

Cuenta de historia vieja y de historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse:

«Es un hermano»; de éste ha de decirse: «Es un padre». Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que consagra, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vio a la vieja Inglaterra de donde le vinieron sus padres puritanos, y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó «Rasgos ingleses». Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos «Ensayos», y les dio leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: «toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño». El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestos y analizados. Deja en pie lo bello.

Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la ternura; ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos.

Abruman de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico, y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Ábrense sus libros, y rebosan verdades científicas.

Tyndall dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento.

Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno adivina lo que la ciencia humana rastrea. Ésta, husmea como un can; aquél, salva el abismo, en que el naturalista anda entretenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuanto veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba, cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fue cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino, o samán grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería.

El idealismo no es, en él, deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: «es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza». Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas y otras, y están en cada una todas las demás, y dice: «son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro». ¿Se quiere oír cómo habla?

Así habla: «Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza». «No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme.» «Cortad estas palabras, y sangrarán.» «Ser grande es no ser entendido.» «Leónidas consumió un día en morir.» «Estériles, como un solo sexo, son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos.» «Ese hombre anda pisoteando en el fango de la dialéctica.» Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriarcas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos.

Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aún qué son sus versos? Son unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo. ¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas y mi espada de plata!

La Opinión Nacional. Caracas, 19 de mayo de 1882.

El poeta Walt Whitman

Fiesta literaria en Nueva York. -Vejez patriarcal de Whitman. -Su elogio a Lincoln y el canto a su muerte. - arácter extraordinario de la poesía y lenguaje de Whitman. -Novedad absoluta de su obra poética. - Su filosofía, su adoración del cuerpo humano, su felicidad, su método poético. -La poesía en los pueblos libres - entido religioso de la libertad.

-Desnudeces y profundidad del libro prohibido de Whitman.

Nueva York, 19 de abril de 1887 Señor Director de El Partido Liberal:

«Parecía un dios anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, las cejas como un bosque, la mano en un cayado.» Esto dice un diario de hoy del poeta Walt Whitman, anciano de setenta años a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Sólo los libros sagrados de la antigüedad ofrecen una doctrina comparable, por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido.

¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placentas, por diferencias de mero accidente; como el budín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo; las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, encogullan a los hombres, como al lacayo la librea; los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro; de modo que, cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente -del hombre que camina, que ama, que pelea, que rema-, del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final

ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia y se resisten a reconocer en esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amuñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Gladstone, acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de perros. Así parece Whitman, con su «persona natural», con su «naturaleza sin freno en original energía», con sus «miradas de mancebos hermosos y gigantes», con su creencia en que «el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte», con el recuento formidable de pueblos y razas en su «Saludo al mundo», con su determinación de «callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a admirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas»; así parece Whitman, «el que no dice estas poesías por un peso»; el que «está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe»; el que «no tiene cátedra, ni púlpito, ni escuela», cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto; poetas de aguamiel, de patrón, de libro; figurines filosóficos o literarios.

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, el retrato de Victor Hugo; Emerson, cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro y le llamó su amigo; Tennyson, que es de los que ven las raíces de las cosas, envía desde su silla de roble en Inglaterra, ternísimos mensajes al «gran viejo»; Robert Buchanan, el inglés de palabra briosa, «¿qué habéis de saber de letras - grita a los norteamericanos-, si estáis dejando correr, sin los honores eminentes que le corresponden, la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?

» «La verdad es que su poesía, aunque al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empequeñecimiento universal, una sensación deleitosa de convalecencia. Él se crea su gramática y su lógica. Él lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja.» «¡Ése que limpia suciedades de vuestra casa, ése es mi hermano!» Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel desorden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

Él no vive en Nueva York, su «Manhattan querida», su «Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies», a donde se asoma cuando quiere entonar «el canto de lo que ve a la Libertad»; vive, cuidado por «amantes amigos», pues sus

libros y conferencias apenas le producen para comprar pan, en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en su carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los «jóvenes forzudos» en sus diversiones viriles, a los «camaradas» que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer «la institución de la camaradería», a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. Él lo dice en sus «Calamus », el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: «Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua procesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface, sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor; amantes, continuos amantes es lo único que me satisface». Él es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus «Hojas de Yerba»: «Anuncio miríadas de mancebos gigantescos, hermosos y de fina sangre; anuncio una raza de ancianos salvajes y espléndidos».

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes, el sol que lo ve todo, «los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad». Pero ayer vino Whitman del campo para recitar, ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, «aquella poderosa estrella muerta del Oeste», aquel Abraham Lincoln. Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, tonos vibrantes, himnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían acaso entender aquella gracia heroica. La vida libre y decorosa del hombre en un continente nuevo ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en epodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el sol del mar, incendiando las nubes; bordeando de fuego las crestas de las olas; despertando en las selvas fecundas de la orilla las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen; los picos cambian besos; se aparejan las ramas; buscan el sol las hojas, exhala todo música; con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

Acaso una de las producciones más bellas de la poesía contemporánea es la mística trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La Naturaleza

entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera desde un mar al otro. Se ven las nubes, la Luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que «El Cuervo» de Poe. El poeta trae al féretro un gajo de lilas.

Su obra entera es eso.

Ya sobre las tumbas no gimen los sauces; la muerte es «la cosecha, la que abre la puerta, la gran reveladora»; lo que está siendo, fue y volverá a ser; en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes; un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles que buscan con majestuoso movimiento su puesto definitivo en el espacio; la vida es un himno; la muerte es una forma oculta de la vida; santo es el sudor y el entozoario es santo; los hombres, al pasar, deben besarse en la mejilla; abrácese los vivos en amor inefable; amen la yerba, el animal, el aire, el mar, el dolor, la muerte; el sufrimiento es menos para las almas que el amor posee; la vida no tiene dolores para el que entiende a tiempo su sentido; del mismo germen son la miel, la luz y el beso; ¡en la sombra que esplende en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavísima, por sobre los mundos dormidos como canes a sus pies, en apacible y enorme árbol de lilas!

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cricones y sus décadas. No puede haber contradicciones en la Naturaleza; la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles.

La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las

penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que deben servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno -privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia- aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos.

Creíais la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes.

La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y seductora bondad del Universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho: oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad, la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree, en la oscuridad, que aquello es el mundo; la libertad pone alas a la ostra. Y lo que, oído en lo interior de la concha, parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El mundo, para Walt Whitman, fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo; porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro; y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, «propósitos alados». Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos; «¡nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!» Se ríe de lo que llaman desilusión, y conoce la amplitud del tiempo; él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo; donde uno se degrada, él se degrada; él es la marea, el flujo y reflujo; ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la Naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde partió, y convertirse, al amor de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá a los hombres, después de haberlos amado. Su deber es crear; el átomo que crea es de esencia divina; el acto en que se crea es exquisito y sagrado. Convencido de la identidad del Universo, entona el «Canto de mí mismo». De todo teje el canto de sí: de los credos que contienen y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah! de los animales, entre quienes «ninguno se arrodilla ante otro, ni es superior al otro, ni se queja». Él se ve como heredero del mundo.

Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que defiende una parte de la verdad como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría; todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno; sobre todo, debe dejar caer la barba blanca.

Pero, eso sí, «ya se ha denunciado y tonteado bastante»; regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores; ¡procreen en vez de quererse y añadan al mundo! ¡Créese con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar!

Él es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la Naturaleza. La religión y la vida están en la Naturaleza. Si hay un enfermo, «idos», dice al médico y al cura, «yo me apegaré a él, abriré las ventanas, le amaré, le hablaré al oído; ya veréis como sana; vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vosotros, porque soy amor». El Creador es «el verdadero amante, el camarada perfecto»; los hombres son «camaradas», y valen más mientras más aman y creen, aunque todo lo que ocupe su lugar y su

tiempo vale tanto como cualquiera; mas vean todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que siente en sí el mundo desde que éste fue creado, sabe, por lo que el sol y el aire libre le enseñan, que una salida de sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los orbes, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor universal y frenético; oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador, reconoce que el hombre es definitivamente bueno y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El lecho es para él un altar. «Yo haré ilustres -dice- las palabras y las ideas que los hombres han prostituido con su sigilo y su falsa vergüenza; yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto.» Una de las fuentes de su originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas como si fuera a violarlas, cuando sólo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza; imbéciles ha habido que cuando celebra en «Calamus», con las imágenes más ardientes de la lengua humana, el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno a aquellas viles ansias de Virgilio por Cebetes y de Horacio por Giges y Licisco. Y cuando canta en «Los Hijos de Adán» el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del «Cantar de los Cantares», tiembla, se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y virilidad satisfecha, recuerda al dios del Amazonas, que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida:

«¡mi deber es crear!» «Yo canto al cuerpo eléctrico», dice en «Los Hijos de Adán»; y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis; es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar semejanza apropiada a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe hambriento que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino. ¿Y decís que este hombre es brutal? Oíd esta composición que, como muchas suyas, no tiene más que dos versos: «Mujeres Hermosas». «Las mujeres se sientan o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas; las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes.» Y esta otra: «Madre y Niño». Ve el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme, y el niño: ¡silencio!

Los estudió largamente, largamente. Él prevé que, así como ya se juntan en grado extremo la virilidad y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse, con solemnidad y júbilo dignos del Universo, las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que «ya siente mover sus coyunturas»; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como parte de su alma, al sentirse abrasado por el mar. Todo lo que vive le ama: la tierra, la noche, el mar le aman; «¡penétrame, oh mar, de humedad amorosa!» Paladea el aire. Se ofrece a la atmósfera como un novio trémulo, Quiere puertas sin cerradura y cuerpos en su belleza natural; cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo; él es «Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan, turbulento, sensual, carnoso, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás. Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo y, ansiosa de poseerle, lo liberta de sus ropas.

Pero cuando en la clara medianoche, libre el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado, medita en los temas que más la complacen: en la noche, el sueño y la muerte; en el canto de lo universal, para beneficio del hombre común; en que «es muy dulce morir avanzando» y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque, con el hacha en las manos.

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Recuerda en una composición del «Calamus» los goces más vivos que debe a la Naturaleza y a la patria; pero sólo a las olas del océano halla dignas de corear, a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí al amigo que ama. Él ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdeña a los grandes, porque para él sólo son grandes los útiles. Echa el brazo por el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigoroso que, apoyado en la lanza detrás de sus percherones, guía su carro sereno por el revuelto Broadway. Él entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores. Siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral de una herrería y ve que los mancebos, con el torso desnudo, revuelan por sobre sus cabezas los martillos, y dan cada uno a su turno. Él es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a sus puertas perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa; en el rincón

tiene cargada la escopeta para defenderlo; si se lo vienen a atacar, matará a su perseguidor y volverá a sentarse a la mesa, ¡como si hubiera matado una víbora!

Walt Whitman, pues, está satisfecho; ¿qué orgullo le ha de punzar, si sabe que se para en yerba o en flor? ¿Qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreselva? ¿Cómo no ha de mirar él con tranquilidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien aguarda la inmersión venturosa en la Naturaleza?

¿Qué prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe, y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece; pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa a un lado, como excrecencia inútil, la lamentación romántica: «¡no he de pedirle al Cielo que baje a la Tierra para hacer mi voluntad!» Y qué majestad no hay en aquella frase en que dice que ama a los animales «porque no se quejan». La verdad es que ya sobran los acobardadores; urge ver cómo es el mundo para no convertir en montes las hormigas; dése fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja; pues los llagados ¿van por las calles enseñando sus llagas? Ni las dudas ni la ciencia le mortifican.

«Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi morada, no es toda mi morada; ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia.» Pero donde su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia; ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer? «Aquel que cerca de mí muestra un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío.» «¡Penetre el Sol la Tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce. Yo canto la eternidad de la existencia, la dicha de nuestra vida y la hermosura implacable del Universo. Yo uso zapato de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol!» Y todo eso lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? ¡Oh, no!, su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que distribuye en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes bloqueadas.

El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde, por la extrañeza y pujanza, a su cíclica poesía y a la humanidad nueva, congregada sobre un *continente* fecundo con portentos tales, que en verdad no caben en liras ni serventesios remilgados. Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata, y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre; trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido; trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas vírgenes de la libertad a las ubres y pompas ciclópeas de la salvaje Naturaleza; trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos.

¿Apareará consonantes Walt Whitman y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espinas, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres y sol que en todo impera, y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje?

¡Oh, no!; Walt Whitman habla de versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírla se percibe que aquello suena como el casco de la tierra cuando vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes.

En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería; otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo a la hora en que el humo se pierde en las nubes; suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al sol; pero jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola. Él mismo dice cómo habla: «en alaridos proféticos»; «éstas son -dice- unas pocas palabras indicadoras de lo futuro». Eso es su poesía, índice; el sentido de lo universal pervade el libro y le da, en la confusión superficial, una regularidad grandiosa; pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten; «lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas»; «di, tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?» «Hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo.» No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia visible de sus vestiduras regias. Él no infla tomeguines para que parezcan águilas; él riega águilas, cada vez que abre el paño, como un sembrador riega granos.

Un verso tiene cinco sílabas; el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. Él no esfuerza la comparación, y en verdad no compara, sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la Naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud de un asunto a sus análogos; mas luego, como si sólo hubiese aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito y guía de cerca, con puño de domador, la cuadriga encabritada, sus versos van galopando, y como engullendo la tierra a cada movimiento; unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido. Esboza; pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agrupa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o recoger la frase y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera creerse que procede sin método alguno; sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo exclusivo pondría en riesgo. Por repeticiones atrae la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante, cambia sin cesar, y sin conformidad a regla alguna, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebros. Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la insinuación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *viva, camarada, libertad, americanos*. Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que, con arrobo perceptible, y como para dilatar su significación, incrusta en sus versos?: *ami, exalté, accoucheur, nonchalant, ensemble, ensemble*, sobre todo, le seduce, porque él ve el cielo de la vida de los pueblos, y de los mundos. Al italiano ha tomado una palabra: ¡*bravura!*

Así, celebrando el músculo y el arrojo; invitando a los transeúntes a que pongan en él, sin miedo, su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiempos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanos se extienden y rozan con sus alas de

abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la Primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y en que, abandonado a los aires purificadores, germine y arome en sus ondas, «¡desembarazado, triunfante, muerto!» *El Partido Liberal*. México, 1887.

Coney Island

En los fastos humanos, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenino, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tan útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna, ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicioso orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantescos muelles y paseos brillantes y fantásticos.

Los periódicos norteamericanos vienen llenos de descripciones hiperbólicas de las bellezas originales y singulares atractivos de uno de esos lugares de verano, rebosante de gente, sembrado de suntuosos hoteles, cruzado de un ferrocarril aéreo, matizado de jardines, de kioscos, de pequeños teatros, de cervecerías, de circos, de tiendas de campaña, de masas de carruajes, de asambleas pintorescas, de casillas ambulantes, de vendutas, de fuentes.

Los periódicos franceses se hacen eco de esta fama.

De los lugares más lejanos de la Unión Americana van legiones de intrépidas damas y de galantes campesinos a admirar los paisajes espléndidos, la impar riqueza, la variedad cegadora, el empuje hercúleo, el aspecto sorprendente de Coney Island, esa isla ya famosa, montón de tierra abandonado hace cuatro años, y hoy lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo para un centenar de miles de neoyorquinos que acuden a las dichosas playas diariamente.

Son cuatro pueblecitos unidos por vías de carruajes, tranvías y ferrocarriles de vapor. El uno, en el comedor de uno de cuyos hoteles caben holgadamente a un mismo tiempo 4.000 personas, se llama *Manhattan Beach* (Playa de

Manhattan); otro, que ha surgido, como Minerva, de casco y lanza, armado de vapores, plazas, muelles y orquestas murmurantes, y hoteles que ya no pueblos parecen, sino naciones, se llama *Rockaway*; otro, el menos importante, que toma su nombre de un hotel de capacidad extraordinaria y construcción pesada, se llama *Brighton*; pero el atractivo de la isla no es *Rockaway* lejano, ni *Brighton* monótono, ni *Manhattan Beach* aristocrático y grave: es *Gable*, el riente *Gable*, con su elevador más alto que la torre de la Trinidad de Nueva York -dos veces más alto que la torre de nuestra Catedral- a cuya cima suben los viajeros suspendidos en una diminuta y frágil jaula a una altura que da vértigo; es *Gable*, con sus dos muelles de hierro, que avanzan sobre pilares elegantes un espacio de tres cuadras sobre el mar, con su palacio de *Sea Beach*, que no es más que un hotel ahora, y que fue en la Exposición de Filadelfia el afamado edificio de Agricultura, «Agricultural Building», transportado a Nueva York y reelevado en su primera forma, sin que le falte una tablilla, en la costa de Coney Island, como por arte de encantamiento; es *Gable*, con sus museos de a 50 céntimos, en que se exhiben monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíuticos, de los que dice pomposamente el anuncio que son los elefantes más grandes de la tierra; es *Gable*, con sus cien orquestas, con sus risueños bailes, con sus batallones de carruajes de niños, su vaca gigantesca que ordeñada perpetuamente produce siempre leche, su sidra fresca a 25 céntimos el vaso, sus incontables parejas de peregrinos amantes que hacen brotar a los labios aquellos tiernos versos de García Gutiérrez:

Aparejadas Van por las lomas Las cogujadas Y las palomas; es *Gable*, donde las familias acuden a buscar, en vez del aire mefítico y nauseabundo de Nueva York, el aire sano y vigorizador de la orilla del mar, donde las madres pobres -a la par que abren, sobre una de las mesas que en salones espaciosísimos hallan gratis, la caja descomunal en que vienen las provisiones familiares para el *lunch*- aprietan contra su seno a sus desventurados pequeñuelos, que parecen como devorados, como chupados, como roídos, por esa terrible enfermedad de verano que siega niños como la hoz siega la mies -el *cholera infantum*- Van y vienen vapores; pitán, humean, salen y entran trenes; vacían sobre la playa su seno de serpiente, henchido de familias; alquilan las mujeres sus trajes de franela azul, y sus sombreros de paja burda que se atan bajo la barba; los hombres en traje mucho más sencillo llevándolas de la mano, entran al mar; los niños, en tanto con los pies descalzos, esperan en la margen a que la ola mugiente se los moje, y escapan cuando llega, disimulando con carcajadas su terror, y vuelven en bandadas, como para desafiar mejor al enemigo, a un juego de que los inocentes, postrados una hora antes por el recio calor, no se fatigan jamás; o salen y entran, como mariposas marinas, en la fresca rompiente, y

como cada uno va provisto de un cubito y una pala, se entretienen en llenarse mutuamente sus cubitos con la arena quemante de la playa; o luego que se han bañado -imitando en esto la conducta de más graves personas de ambos sexos, que se cuidan poco de las censuras y los asombros de los que piensan como por estas tierras pensamos-, se echan en la arena, y se dejan cubrir, y golpear, y amasar, y envolver con la arena encendida, porque esto es tenido por ejercicio saludable y porque ofrece singulares facilidades para esa intimidad superficial, vulgar y vocinglera a que parecen aquellas prósperas gentes tan aficionadas.

Pero lo que asombra allí no es este modo de bañarse, ni los rostros cadavéricos de las criaturitas, ni los tocados caprichosos y vestidos incomprensibles de aquellas damiselas, notadas por su prodigalidad, su extravagancia, y su exagerada disposición a la alegría; ni los coloquios de enamorados, ni las casillas de baños, ni las óperas cantadas sobre mesas de café, vestidos de Edgardo y de Romeo, y de Lucía y de Julieta; ni las muecas y gritos de los negros *minstrels*, que no deben ser ¡ay! como los *minstrels*, de Escocia; ni la playa majestuosa, ni el sol blando y sereno; lo que asombra allí es el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana, esa inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso, esos comedores que, vistos de lejos, parecen ejércitos en alto, esos caminos que a dos millas de distancia no son caminos, sino largas alfombras de cabezas; ese vertimiento diario de un pueblo portentoso en una playa portentosa; esa movilidad, ese don de avance, ese acometimiento, ese cambio de forma, esa febril rivalidad de la riqueza, ese monumental aspecto del conjunto que hacen digno de competir aquel pueblo de baños con la majestad de la tierra que lo soporta, del mar que lo acaricia y del cielo que lo corona, esa marea creciente, esa expansividad anonadora e incontrastable, firme y frenética, y esa naturalidad en lo maravilloso; eso es lo que asombra allí.

Otros pueblos -y nosotros entre ellos- vivimos devorados por un sublime demonio interior, que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor o gloria; y cuando asimos, con el placer con que se ase un águila, el grado del ideal que perseguíamos, nuevo afán nos inquieta, nueva ambición nos espolea, nueva aspiración nos lanza a nuevo vehemente anhelo, y sale del águila presa una rebelde mariposa libre, como desafiándonos a seguirla y encadenándonos a su revuelto vuelo.

No así aquellos espíritus tranquilos, turbados sólo por el ansia de la posesión de una fortuna. Se tienden los ojos por aquellas playas reverberantes; se entra y sale por aquellos corredores, vastos como pampas; se asciende a los picos de aquellas colosales casas, altas como montes; sentados en silla cómoda, al borde de la mar, llenan los paseantes sus pulmones de aquel aire potente y benigno;

mas es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven, que se buscan en vano y no se hallan; que por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sentidos, enamorado sus ojos, deslumbrado y ofuscado su razón, la angustia de la soledad les posee al fin, la nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige; se sienten como corderos sin madre y sin pastor, extraviados de su manada; y, salgan o no a los ojos, rompe el espíritu espantado en raudal amarguísimo de lágrimas, porque aquella gran tierra está vacía de espíritu.

Pero ¡qué ir y venir! ¡qué correr del dinero! ¡qué facilidades para todo goce! ¡qué absoluta ausencia de toda tristeza o pobreza visibles!

Todo está al aire libre: los grupos bulliciosos; los vastos comedores; ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras; el teatro, la fotografía, la casilla de baños; todo está al aire libre. Unos se pesan, porque para los norteamericanos es materia de gozo positivo, o de dolor real, pesar libra más o libra menos; otros, a cambio de 50 céntimos, reciben de manos de una alemana fornida un sobre en que está escrita su buena fortuna; otros, con incomprensible deleite, beben sendos vasos largos y estrechos como obuses, de desagradables aguas minerales.

Montan éstos en amplios carruajes que los llevan a la suave hora del crepúsculo, de Manhattan a Brighton; atraca aquél su bote, donde anduvo remando en compañía de la risueña amiga que, apoyándose con ademán resuelto sobre su hombro, salta, feliz como una niña, a la animada playa; un grupo admira absorto a un artista que recorta en papel negro que estampa luego en cartulina blanca, la silueta del que quiere retratarse de esta manera singular; otro grupo celebra la habilidad de una dama que en un tenduchín que no medirá más de tres cuartos de vara, elabora curiosas flores con pieles de pescado; con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en un lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes muecas los golpes de los tiradores; otros barbudos y venerandos, se sientan gravemente en un tigre de madera, en un hipogrifo, en una esfinge, en el lomo de un constrictor, colocados en círculos, a guisa de caballos, que giran unos cuantos minutos alrededor de un mástil central, en cuyo torno tocan descompuestas sonatas unos cuantos sedicentes músicos. Los menos ricos comen cangrejos y ostras sobre la playa, o pasteles y carnes en aquellas mesas gratis que ofrecen ciertos grandes hoteles para estas comidas; los adinerados dilapidan sumas cuantiosas en infusiones de

fucsina, que les dan por vino; y en macizos y extraños manjares que rechazaría sin duda nuestro paladar pagado de lo artístico y ligero.

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase.

Y este dispendio, este bullicio, esta muchedumbre, este hormiguero asombroso, duran desde junio a octubre, desde la mañana hasta la alta noche, sin intervalo, sin interrupción, sin cambio alguno.

De noche, ¡cuánta hermosura! Es verdad que a un pensador asombra tanta mujer casada sin marido; tanta madre que con el pequeñuelo al hombro pasea a la margen húmeda del mar, cuidadosa de su placer, y no de que aquel aire demasiado penetrante ha de herir la flaca naturaleza de la criatura; tanta dama que deja abandonado en los hoteles a su chicuelo en brazos de una áspera irlandesa, y al volver de su largo paseo ni coge en brazos, ni besa en los labios, ni satisface el hambre a su lloroso niño.

Mas no hay en ciudad alguna panorama más espléndido que el de aquella playa de Gable, en las horas de noche. ¿Veíanse cabezas de día? Pues más luces se ven en la noche. Vistas a alguna distancia desde el mar, las cuatro poblaciones, destacándose radiosas en la sombra, semejan como si en cuatro colosales grupos se hubieran reunido las estrellas que pueblan el cielo y caído de súbito en los mares.

Las luces eléctricas que inundan de una claridad acariciadora y mágica las plazuelas de los hoteles, los jardines ingleses, los lugares de conciertos, la playa misma en que pudieran contarse a aquella luz vivísima los granos de arena parecen desde lejos como espíritus superiores inquietos, como espíritus risueños y diabólicos que travesearan por entre las enfermizas luces de gas, los hilos de faroles rojos, el globo chino, la lámpara veneciana. Como en día pleno, se leen por todas partes periódicos, programas, anuncios, cartas. Es un pueblo de astros; y así las orquestas, los bailes, el vocerío, el ruido de olas, el ruido de hombres, el coro de risas, los halagos del aire, los altos pregones, los trenes veloces, los carruajes ligeros, hasta que llegadas ya las horas de la vuelta, como monstruo que vaciase toda su entraña en las fauces hambrientas de otro monstruo, aquella muchedumbre colosal, estrujada y compacta se agolpa a las entradas de los trenes que repletos de ella, gimen, como cansados de su peso, en su carrera por la soledad que van salvando, y ceden luego su revuelta carga a los vapores gigantescos, animados por arpas y violines que llevan a los muelles y riegan a los cansados paseantes, en aquellos mil carros y mil vías que atraviesan, como venas de hierro, la dormida Nueva York.

La Pluma. Bogotá, Colombia, 3 de diciembre de 1881.

El puente de Brooklyn

Palpita en estos días más generosamente la sangre en las venas de los asombrados y alegres neoyorquinos: parece que ha caído una corona sobre la ciudad, y que cada habitante la siente puesta sobre su cabeza:

afluye a las avenidas, camino de la margen del río Este, muchedumbre premiosa, que lleva el paso de quien va a ver maravilla:

y es que en piedra y acero se levanta la que fue un día línea ligera en la punta del lápiz de un constructor atrevido; y tras de quince años de labores, se alcanzan al fin, por un puente colgante de 3.455 pies, Brooklyn y New York.

El día 7 de junio de 1870 comenzaban a limpiar el espacio en que había de alzarse, a sustentar la magna fábrica, la torre de Brooklyn; el día 24 de mayo de 1883 se abrió al público tendido firmemente entre sus dos torres, que parecen pirámides egipcias adelgazadas, este puente de cinco anchas vías por donde hoy se precipitan, amontonados y jadeantes, cien mil hombres del alba a la medianoche. Viendo aglomerarse a hormiguesar velozmente por sobre la sierpe aérea, tan apretada, vasta, limpia, siempre creciente muchedumbre, imagínase ver sentada en mitad del cielo, con la cabeza radiante entrándose por su cumbre, y con las manos blancas, grandes como águilas, abiertas, en signo de paz sobre la tierra, a la Libertad, que en esta ciudad ha dado tal hija. La Libertad es la madre del mundo nuevo, que alborea. Y parece como que un sol se levanta por sobre estas dos torres.

De la mano tomamos a los lectores de *La América*, y los traemos a ver de cerca, en su superficie, que se destaca limpiamente de en medio del cielo; en sus cimientos, que muerden la roca en el fondo del río; en sus entrañas, que resguardan y amparan del tiempo y del desgaste moles inmensas, de una margen y otra, este puente colgante de Brooklyn, entre cuyas paredes altísimas de cuerdas de alambre, suspensas, como de diente de un mamut que hubiera podido de una hozada desquiciar un monte, de cuatro cables luengos, paralelos y ciclópeos, se apiñan hoy como entre tajos vecinos del tope a lo hondo en el corazón de una montaña, hebreos de perfil agudo y ojos ávidos, irlandeses joviales, alemanes carnosos y recios, escoceses sonrosados y fornidos, húngaros bellos, negros lujosos, rusos de ojos que queman, noruegos de pelo rojo, japoneses elegantes, enjutos e indiferentes chinos. El chino es el hijo infeliz del mundo antiguo: así estruja a los hombres el despotismo: como gusanos en cuba, se revuelcan sus siervos entre los vicios. Estatuas talladas en fango parecen los hijos de sociedades despóticas.

No son sus vidas pebeteros de incienso, sino infecto humo de opio.

Y los creadores de este puente, y los que lo mantienen, y los que lo cruzan, parecen, salvo el excesivo amor a la riqueza que como un gusano les roe la magna entraña, hombres tallados en granito, como el puente. ¡Allá va la estructura! Arranca del lado de New York, de debajo de mole solemne que cae sobre su raíz con pesadumbre de 120.000.000 de libras; sálese del formidable engaste a 930 pies de distancia de la torre, al aire suelto; éntrese, suspensa de los cables que por encima de las torres de 276 pies y un tercio de alto cuelgan; por en medio de estas torres pelásgicas que por donde cruza el puente miden 118 pies sobre el nivel de la pleamar: encúmbrese a la mitad de su carrera, a juntarse, a los 135 pies de elevación sobre el río, con los cables que desde el tope de la torre en solemne y gallarda curva bajan; desciende, a par que el cable se remonta al tope de la torre de Brooklyn, hasta el pie de los arcos de la torre, donde ésta, como la de New York, alcanza a 118 pies; y reentra, por sobre el aire con toda su formidable encajería deslizándose, en el engaste de Brooklyn, que con mole de piedra igual a la de New York, sajado el seno por nobles y hondos arcos, sujeta la otra raíz del cable. Y cuando sobre sus cuatro planchas de acero, sepultadas bajo cada una de las moles de arranque, mueren los cuatro cables de que el puente pende, han salvado, de una ribera del río Este a la otra, 3.578 pies. ¡Oh, broche digno de estas dos ciudades maravilladoras! ¡Oh, guión de hierro, de estas dos palabras del Nuevo Evangelio!

Llamemos a las puertas de la estación de New York. Millares de hombres, agolpados a la puerta central nos impiden el paso. Levántan- se por entre la muchedumbre, cubiertas de su cachucha azul humilde, las cabezas eminentes de los policías de la ciudad, que ordenan la turba.

A nuestra derecha, por la vía de los carruajes, entran carretas que llevan trozos de paredes y columnas; carros rojos del correo, henchidos de cartas; carrillos menguados, de latas de leche; coches suntuosos, llenos de ricas damas; mozos burdos, que montan en pelo, entre rimeros de arneses, sobre caballos de carga que en poco ceden al troyano; y lindos mozos, que en nerviosos corceles revolotean en torno de los coches. Ya la turba cede: dejamos sobre el mostrador de la casilla de entrada, un centavo, que es el precio del pasaje; se ven apenas desde la estación de New York las colosales torres; zumban sobre nuestra cabeza, golpeando en los rieles de la estación del ferrocarril aún no acabado, que ha de cruzar el puente, martillos ponderosos: empujados por la muchedumbre, ascendemos de prisa la fábrica de amarre de este lado del puente. Ante nosotros se abren cinco vías, sobre la mampostería robusta comenzadas: las dos de los bordes son para caballos y carruajes, las dos interiores inmediatas, entre las cuales se levanta la de los viandantes, son las ida y venida del ferrocarril, cuyos amplios vagones reposan a la entrada: como a los

700 pies la mampostería cesa, y empieza el puente colgante, que los cuatro cables paralelos suspenden, trabados a los eslabones de hierro, que cual inmenso alfanje encorvado con la punta sobre la tierra, atraviesan la mampostería, como si tuviera el mango al río y el extremo a la ciudad, hasta anclar en el fondo de la fábrica. Ya no es el suelo de piedra, sino de madera, por bajo de cuyas juntas se ven pasar como veloces recaderos y monstruos menores, los trenes del ferrocarril elevado, que corren a lo largo de esta margen del río, a diestra y siniestra. Y por debajo de nuestros pies, todo es tejido, red, blonda de acero: las barras de acero se entrelazan en el pavimento y las paredes que dividen sus cinco anchas vías, con gracia, ligereza y delgadez de hilos; ante nosotros se van levantando, como cortinaje de invisible tela surcada por luengas fajas blancas, las cuatro paredes tirantes que cuelgan de los cuatro cables corvos. Parecen los dos arcos poderosos, abiertos en la parte alta de la torre, como las puertas de un mundo grandioso, que alegra el espíritu; se sienten, en presencia de aquel gigantesco sustentáculo, sumisiones de agradecimiento, consejos de majestad, y como si en el interior de nuestra mente, religiosamente conmovida, se levantasen cumbres. El camino de los pedestres, ya bajo la torre, se abre, al pie del muro que divide los dos arcos; lo ciñe en cuadro; vuelve a juntarse, entre la colosal alambrería que en calles aparejadas, colgada de los cuatro cables gruesos, desciende en largas trenzas, altas como agujas de iglesia gótica junto a la torre, más cortas a medida que la curva baja hacia el centro del puente, y al fin, en el centro, a nivel de éste. Y el puente -encumbrado en su mitad a 135 pies, para que por bajo él, sin despuntar sus mástiles ni enredar sus gallardetes, pasen los buques más altos comienza a descender, en el grado mismo en que su mitad primera asciende: la imponente cordelería, que antes bajaba, ahora en curva revertida, se encumbra a la cima de la segunda torre; el camino, al pie de ésta, se reabre en cuadro, como al pie de la torre de New York, y se recoge; bajo sus planchas de acero silban vapores, humean chimeneas, se desbordan las muchedumbres que van y vienen en los añejos vaporcillos, se descargan lanchas, se amarran buques: la calzada de acero, cargada de gente, se entra al cabo por la de mampostería que lleva al dorso la fábrica de amarre de Brooklyn, que, sobre sus arcadas que parecen montañas vacías, se extiende, se encorva, sirve de techumbre a las calles del tránsito, bajo ellas semejantes a gigantesco túneles, y vierte al fin, en otra estación de hierro, a regarse hervorosa y bullente por las calles, la turba que nos venía empujando desde New York, entre algazara, asombros, chistes, genialidades y canciones. Regocija lo inmenso.

Pero quedan siempre delante de los ojos, como zapadores del Universo por venir, que van abriendo el camino a los hombres que avanzan, aquellos cuatro colosales boas, aquellos cuatro cables paralelos, gruesos y blancos, que, como

serpiente en hora de apetito, se desenroscan y alzan el silbante cuerpo de un lado del río, levántanse a heroica altura, tiéndense sobre pilares soberanos por encima del agua, y van a caer del lado opuesto. Y parece que los pies quedan pisando aquella armazón que semeja de lejos sutil superficie, y como lengua de hormiguero monstruoso; y es de cerca urdimbre cerradísima, que a los cables sólo fía su sustentamiento, y a las cuerdas de acero que en forma de abanico bajan en cuatro paredes, cruzándose con las de tirantes verticales de cada uno de los lados de las torres. ¡Y se mecen, a manera de boas satisfechos -sobre la plancha cóncava en que en el agujero en que atraviesan lo alto de las torres descansan sobre ruedas-, los cuatro grandes cables, como alambres de una lira poderosa, digna al cabo de los hombres, que empieza a entonar ahora sus cantos!

Mas ¿cómo anclaron en la tierra esos mágicos cables? ¿Cómo surgieron de las aguas, con su manto de trenzas de acero, esas esbeltas torres? ¿Cómo se trabó la armazón recia sobre que pasean ahora a la vez, cual por sobre calzada abierta en roca, cinco millares de hombres, y locomotoras, y carruajes, y carros? ¿Cómo se levantan en el aire, susurrando apenas cual fibra de cañas ligeras esas fábricas que pesan 8.120 toneladas? Y los cables ¿cómo, si pesan tanto de suyo, sustentan el resto de esa pesadumbre portentosa?

Pues esos cables, como un árbol por sus raíces, están sujetos en anclas planas, por masas que ni en Tebas ni en Acrópolis alguna hubo mayores: esas torres se yerguen sobre cajones de madera que fondo arriba fueron conducidos, con los cimientos de la torre al dorso, hasta la roca dura, 78 pies más abajo de la superficie del agua: y esos cables no abaten con sus cuerdas ponderosas las torres corpulentas, sino que del repartimiento oportuno de sus hilos y la resistencia, apenas calculable, que le viene de sus amarras, soporta la colgante estructura, y cuanto el tráfico de siglos, con su soplo febril, eche sobre ella.

¿Y qué raíz ha podido asegurar a tierra esa gigante trabazón, pasmo de los ojos, y burla del aire? ¿Qué aguja ha podido coser ordenadamente esos hilos de acero, de 15 pulgadas y cuarto de diámetro, y en los extremos anudarlos? ¿Quién tendió de torre a torre, sobre 1.596 pies de anchura, el primer hilo, 5.000 hilos, 14.000 millas de hilo?

¿Quién sacó el agua de sus dominios y cabalgó sobre el aire y dio al hombre alas?

Levanten con los ojos los lectores de *La América* las grandes fábricas de amarre que rematan el puente de un lado y de otro. Murallas son que cerrarían el paso al Nilo, de dura y blanca piedra, que a 90 pies de la marea alta se encumbran: son muros casi cúbicos, que de frente miden 119 pies y 132 de lado, y con su

enorme peso agobian estas que ahora veremos, cuatro cadenas que sujetan, con 36 garras cada una, los cuatro cables. Allá en el fondo, del lado de atrás más lejano del río, yacen, rematadas por delgados dientes, como cuerpo de pulpo por sus múltiples brazos, o como estrellas de radios de corva punta, cuatro planchas de 46.000 libras de peso cada una, que tienen de superficie 16 y medio pies por 17 y medio, y reúnen sus radios delgados en la masa compacta del centro, de 2 y medio pies de espesor, donde a través de 18 orificios oblongos, colocados en dos filas de a 9 paralelas, cruzan 18 eslabones, por cuyos anchos ojos de remate, que en doble hilera quedan debajo de la plancha, pasan fortísimas barras, de 7 pies de largo, enclavadas en dos ranuras semicilíndricas abiertas en la base de la plancha. Tales son de cada lado los dientes del puente. En torno de los 18 eslabones primeros, que quedaron en pie, como lanzas de 12 y medio pies, rematadas en ojo en vez de astas, esperando a soldados no nacidos, amontonaron los cuadros de granito, que parecían trozos de monte, y a la par que iban sujetando los eslabones por pasadores que atravesaban a la vez los 36 ojos de remate de cada 18 eslabones contiguos trenzados como cuando se trenzan los dedos de las manos -y que a quedar sueltos hubieran girado unos sobre otros como sobre un eje común las dos alas de una bisagra-, inclinaban hacia el río, en la curva interior del alfanje, con la colocación de las piedras invencibles, cada doble hilera de eslabones nuevos, hasta que al acercarse ya a la altura, por donde habían de entrar a enlazarse con la complicada cuádruple osamenta los cuatro cables, la doble hilera se duplica, las dos camas de eslabones se truecan en cuatro; las 18 barras son ya 36; los dos pasadores paralelos, que a tramos diversos e iguales, como anillos de serpiente chata que anda, han venido asegurando la doble cadena, se convierten en cuatro, y cada uno de estos pasadores, bastante a ser mástil de barco o columna de iglesia, sujeta a la vez atravesando 18 ojos, los 9 en que rematan los eslabones de cada una de las cuatro hileras, y 9 ojos de 9 de los hilos de cada cable, que tiene 19 hilos, cada uno de los cuales se abre en dos a cada extremo para ajustar -como cuña entre las dos porciones del cuerpo que rompe- entre los ojos de dos eslabones contiguos -con lo que quedan por los cuatro mismos pasadores paralelos unidos en cuatro camas superpuestas e idénticas, los 36 extremos de cada cadena de anclaje y los 36 extremos de cada cable- Esas 4 dobles médulas de hierro, hasta 25 pies de lo alto del muro que da al río, en que ya el cable entra en el muro, atraviesan esos dos cuerpos monstruosos de granito -médulas que remata luego armazón intrincada de nervios de acero, por ser ley, que anuncia lo uno en lo alto, y lo eterno en lo análogo, que todo organismo que invente el hombre, y avasalle o fecunde la tierra, esté dispuesto a semejanza del hombre.

Parece como si en un hombre colosal hubiera de rematarse y concentrar toda la vida.

De madera es, de madera de pino de Georgia, que debajo del agua ni el oxígeno alcanza ni el tederio roe, el sustento de ambas torres.

Caisson lo llaman en francés y en inglés, y es invención francesa. Es caja inmensa, vuelta del revés: la boca, abajo; el fondo, arriba; y sobre el fondo que le sirve de tapa, veintidós pies de planchas de pino, cruzadas en ángulo recto sujetas al techo del cajón por tornillos gruesos como árboles, y retorcidos y agigantados, como debe ver, en su cerebro encendido, sus ideas un loco; y de madero a madero, abrazaderas de hierro; y en las junturas, alquitrán y materias adherentes y durables.

¡Oh! bien merecen estas cosas que asombran, que bajemos por el pozo forrado de hierro, contra entrada de aire, que desciende de lo alto del cajón, por entre los lienzos de pino, al cajón hueco, también de hierro contra aire, forrado de hierro de caldera, y cuyas paredes, de hierro calzadas, van en lo interior disminuyendo, para dejar mayor espacio a los excavadores, desde ocho pies con que junto al fondo que hace de techo comienzan, a ocho pulgadas. Ya flota la estructura corpulenta, con su margen de once pies, entre la triple empalizada, que, en el lugar mismo en que ha de alzarse la torre, le han fabricado los ingenieros; ya comienza a hundirse, al peso de los primeros trozos de granito que le echan al dorso; ¡ya baja! ¡ya baja! Por las canales de aire introducen en el cajón el aire comprimido, ante el que huye, no sin grandes luchas, titánicos saltos a quinientos pies por sobre los pozos, tonantes rugidos y mortíferas rebeldías, el agua vencida. Ni silbar pueden los hombres que trabajan en aquella hondura, donde está el aire comprimido a 32 libras por pulgada cuadrada; ni apagar una luz, que de sí misma se reenciende. Del pozo de hierro por donde bajan los excavadores al húmedo hueco del cajón, dividido para mejor sustento por seis tabiques, donde los excavadores trabajan, los hombres pasan, graves y silenciosos a su entrada, fríos, ansiosos, blancos y lúgubres como fantasmas a su salida, por una como antesala, o cerrojo de aire, con dos puertas, una al pozo alto, otra a la cueva, que nunca se abren a la par, porque no se escape el aire comprimido, sino la de la cueva para dar entrada al bravo ejército cuando la del pozo se ha cerrado ya tras ellos, o la del pozo, para darles salida, cuando dejan ya cerrada la de la cueva:

¡ved cómo bajan por cuatro grandes aberturas al fondo de la excavación las dragas sonantes, de cóncavas mandíbulas, a buscar al fondo de los pozos - abiertos a hondura mayor que el nivel del agua, por lo que el agua sube en ellos a nivel- el lodo, la arena, los trozos de roca, que en incesantes paletadas echan

en los pozos los excavadores, para que luego, al encajar, con ruido de cadenas, sus fauces abiertas en la abertura profunda la draga famélica, las trague, cerrando de súbito los maxilares poderosos, y las saque, cajón y torre arriba, al aire libre, y las vuelque en las barcas de limpieza! Ved como a medida que limpian la base aquellos heroicos trabajadores febriles, en cuyo cerebro hinchado la sangre precipitada se aglomera, van quitando alternativamente las empalizadas que colocaban ha poco bajo los tabiques de la extraña fábrica, y, con este sistema de escalones, dejando caer sobre las empalizadas que quedan la torre, que, sin el apoyo de las que le quitan, pesa más sobre las restantes, y baja, y reponiendo sobre el terreno nuevamente limpio las que quitaron, para apartar enseguida las que dejaron antes, al separar las cuales la torre baja otra vez sobre las nuevas. Ved cómo expulsa el agua, y calva ya la roca, echan los hombres entre ella y el tope del cajón 8.000 toneladas de cemento hidráulico, masa que, celoso de la naturaleza que creó breñas duras, ha inventado el hombre.

Así a flor siempre de agua, construyeron, sobre el cajón que con su entraña de hombres se iba hundiendo, la torre que con su pesadumbre de granito, se iba levantando. Y luego, con pescantes potentes, alzaron hasta 300 pies las piedras, grandes como casas, que coronan la torre. Y los albañiles encajaron en aquella altura, como niños sus cantos de madera en torre de juguete de Crandall, piedras a cuyo choque ligerísimo, como alas de mariposa a choque humano, se despedazaban los cuerpos de los trabajadores, o se destapaba su cráneo. ¡Oh trabajadores desconocidos, oh mártires hermosos, entrañas de la grandeza, cimiento de la fábrica eterna, gusanos de la gloria!

¿Y los cables, los boas satisfechos? ¿Qué araña urdió esta tela de margen a margen por sobre el vacío? ¿Qué mensajero llevó 20.000 veces de los pasadores del amarre de Brooklyn las 19 madejas de que está hecho cada alambre, y los 278 hilos de que está hecha cada madeja, a los pasadores del amarre de New York? Una mañana, como galán que corteja a su dama, un vapor daba vueltas al pie de la torre de Brooklyn:

¡arriba va, lentamente izada, la primera cuerda! Móntanla sobre la torre; sujétanla a la fábrica de amarre; arrástrala el vapor hasta el pie de la torre de New York; izan el otro extremo; pásanlo por la otra torre; fíjanlo al otro amarre: del mismo modo pasan una segunda cuerda:

juntan en cada amarre, alrededor de poleas movidas por vapor, los extremos de ambas cuerdas, y ya queda en perpetuo movimiento circular la gloriosa «cuerda viajera». Sentado en un columpio, que cuelga de una carrucha fija a la cuerda que la máquina de vapor pone en movimiento, cruza el primero -entre estampidos de cañones, silbos de locomotoras, flameos de banderas y hurras de

centenares de miles de hombres- Farrington sin miedo, cabeza de mecánicos. Luego montan sobre la viajera, alzadas en brazos de hierro, una rueda de madera acanalada, en que engarzan el alambre, bien mojado en aceite de linaza para evitar el moho, y después bien seco que en ocho grandes ruedas, dos al pie de cada cable, tienen enredado, en extensión de dos millas, igual a 52 rollos, alrededor de cada rueda: ¡allá va la carrucha, hormiga trabajadora, de un cabo a otro del puente, con su doble hilo de alambre!

Llega, la acarician, desengarzan el hilo, y lo reengarzan en torno a una gran herradura de hierro de borde estriado, molde provisional del que sacan luego el cable para engastarlo en el último pasador de la cadena:

vuelve vacía, chirriando y castañeteando, la carrucha al otro extremo; ajustan, con grandísimas labores, desde los amarres y lo alto de las torres la longitud diversa, que por quedar cada hilo a altura diversa en la madeja, ha de tener cada hilo: ¡allá va de nuevo la carrucha; la aguja redonda, que ha cosido el cable! ¡Allá va 139 veces, en que deja 278 hilos! Y ya está la madeja, que de alambre forran, como las 18 más que hacen, a un mismo tiempo para cada uno de los cuatro cables; y ya hechas, apriétanlas con grandes abrazaderas; ajustan más aún las 19 madejas, en que los hilos yacen unos al lado de otros, y no trenzados; ciñen con medios cilindros, bien apretados, el cable; y sobre una especie de balsa ambulante que del mismo cable cuelga, van, tejedores del aire, los forradores, envolviendo la masa circular con alambre, que una sencilla máquina, semejante a una rueda de timón, que lleva el alambre enrollado en un carrete, va dejando salir en espiral; y ya el boa bien vestido, lo posan en su plancha acanalada que, sobre ruedas corredizas, para que el cable pueda extenderse y encogerse, y no dañar la fábrica con su peso, lo espera en la cumbre de la torre.

De los cables cuelgan, sujetos de bandas de hierro, los tirantes trenzados, 208 en cada cable; de los tirantes, las planchas horizontales que sustentan el pavimento, y las seis paredes verticales de alturas diversas que las cruzan, y listones de acero de pared a pared, y listones diagonales, sobre cuya armazón se extienden, en gruesa lengua de 3.178 pies de largo y 85 de ancho, las cinco calzadas, de 19 pies de ancho las de carruajes; las del ferrocarril, de 15 y medio; y dando vista a islas como cestos, a ciudades como hornos, a vapores que parecen, por lo avisados, ruidosos y diestros, mensajeros parlantes, y hormigas blancas que se tropiezan en el río, cruzan sus antenas, se comunican su mensaje y se separan, dando vista a ríos como mares; empínase en el centro, como cresta de 16 pies de ancho, el camino de las gentes de a pie que desde que abrió puertas el puente cruzan, apretándose a veces en masas enormes, para dar salida a las cuales hay

que alzar las barandas del camino, dos formidables y nunca enflaquecidas hileras de viandantes.

No hay miedo de que la estructura venga abajo, porque aún cuando se quebraran a un tiempo los 278 que de cada cable la sostienen, bastaría a tenerla en alto, con su peso y el del tráfico, la armazón de tirantes supletorios que, a modo de tremenda mano abierta, de delgada muñeca, baja, casi hasta la mitad del cable por cada lado, del tope de cada torre. No hay miedo de que se mueva la estructura, ni que la sacudan juegos de aire ni iras de tormenta; porque por su base la muerden las torres con dientes de acero, y para que el viento mayor no la conmueva, los dos cables de afuera se encorvan hacia adentro al ir tocando la mitad del puente, y los dos de adentro se doblan hacia los de afuera, con lo que se hace mayor la resistencia. No vendrán, no, los aires traviesos a volcar carros sobre el río, porque los bordes del puente se levantan a ocho pies de alto y entre las vías de carruajes y las del ferrocarril está tendida, para sujetar los empujes del viento, red de fuertes alambres. Ni hay riesgos de que los cables se quebranten -que nunca vendrá sobre cada uno de ellos peso mayor de 3.000 toneladas, y está hecho para sustentar, con sus 294 brazos, doce mil-. Ni se torcerá, astillará o saltará el puente, cuando el calor de estío lo dilate, como al sol de amor el espíritu, o el rigor del invierno lo acorte; porque esta quíntuple calzada está como partida en dos mitades, para prevenir el ensanche y el encogimiento, por medio de una plancha de extensión, en el punto medio de la vía, cuya plancha, fija en el extremo de una de las porciones, empalma sobre juntas movibles con el extremo de la porción segunda. Y cuando al pie de una de las torres se amontonan en bloqueo sin salida, millares de mujeres que sollozan, niños que gritan, policías que vocean, forcejeando por abrirse camino, se mueven señorialmente, como gigantes que saludan, un ápice apenas los cables en sus lechos corredizos en lo alto de las torres.

Así han fabricado, y así queda, menos bella que grande, y como brazo ponderoso de la mente humana, la magna estructura. Ya no se abren fosos hondos en torno de almenadas fortalezas; sino se abrazan con brazos de acero, las ciudades; ya no guardan casillas de soldados las poblaciones, sino casillas de empleados sin lanza ni fusil, que cobran el centavo de la paz, al trabajo que pasa -los puentes son las fortalezas del mundo moderno-. Mejor que abrir pechos es juntar ciudades.

¡Esto son llamados ahora a ser todos los hombres: soldados del puente!

La América. Nueva York, junio de 1883.

El terremoto de Charleston

Horror del primer choque. -Rompe el incendio.- Extraordinarias escenas.

-Escenas de la madrugada. -Torres caídas. -Casas rotas: sesenta muertos. -En los alrededores. -Entrada a Charleston de los primeros visitantes. -La ciudad entera vive en carros y tiendas. -Arrebató de los negros. -Iglesias religiosas. -Escenas singulares. -Las causas de los terremotos. -La ciudad renace.

Nueva York, 10 de septiembre de 1886 Señor Director de *La Nación*:

Un terremoto ha destrozado la ciudad de Charleston. Ruina es hoy lo que ayer era flor, y por un lado se miraba en el agua arenosa de sus ríos, surgiendo entre ellos como un cesto de frutas, y por el otro se extendía a lo interior en pueblos lindos, rodeados de bosques de magnolias, y de naranjos y jardines.

Los blancos vencidos y los negros bien hallados viven allí después de la guerra en lánguida concordia: allí no se caen las hojas de los árboles; allí se mira al mar desde los colgadizos vestidos de enredaderas; allí, a la boca del Atlántico, se levanta casi oculto por la arena el fuerte Sumter en cuyos muros rebotó la bala que llamó al fin a guerra al Sur y al Norte; allí recibieron con bondad a los viajeros infortunados de la barca Puig.

Las calles van derecho a los dos ríos: borda la población una alameda que se levanta sobre el agua: hay un pueblo de buques en los muelles, cargando algodón para Europa y la India: en la calle de King se comercia; la de Meeting ostenta hoteles ricos: viven los negros parleros y apretados en un barrio populoso; y el resto de la ciudad es de residencias bellas, no fabricadas hombro a hombro como estas casas impúdicas y esclavas de las ciudades frías del Norte, sino con ese noble apartamiento que ayuda tanto a la poesía y decoro de la vida. Cada casita tiene sus rosales, y su patio en cuadro, lleno de yerba y girasoles y sus naranjos a la puerta.

Se destacan sobre las paredes blancas las alfombras y ornamentos de colores alegres que en la mañana tienden, en la baranda del colgadizo alto, las negras risueñas, cubierta la cabeza con el pañuelo azul o rojo: el polvo de la derrota vela en otros lugares el color crudo del ladrillo de las moradas opulentas, se vive con valor en el alma y con luz en la mente en aquel pueblo apacible de ojos negros.

Y ¡hoy los ferrocarriles que llegan a sus puertas se detienen a medio camino sobre sus rieles torcidos, partidos, hundidos, levantados; las torres están por tierra; la población ha pasado una semana de rodillas; los negros y sus antiguos señores han dormido bajo la misma lona, y comido del mismo pan de lástima, frente a las ruinas de sus casas, a las paredes caídas, a las rejas lanzadas de su base de piedra, a las columnas rotas!

Los cincuenta mil habitantes de Charleston, sorprendidos en las primeras horas de la noche por el temblor de tierra que sacudió como nidos de paja sus hogares, viven aún en las calles y en las plazas, en carros, bajo tiendas, bajo casuchas cubiertas con sus propias ropas.

Ocho millones de pesos rodaron en polvo en veinticinco segundos.

Sesenta han muerto, unos aplastados por las paredes que caían, otros de espanto. Y en la misma hora tremenda, muchos niños vinieron a la vida.

Estas desdichas que arrancan de las entrañas de la tierra, hay que verlas desde lo alto de los cielos.

De allí los terremotos con todo su espantable arreo de dolores humanos, no son más que el ajuste del suelo visible sobre sus entrañas encogidas, indispensable para el equilibrio de la creación; ¡con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de alas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan a tumbos ciegos en un rayo de sol!: ¡pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe, pronto a la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos!

¡Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol! ¡Pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos, de la naturaleza que ayuda a levantar!

Toda esta majestad rodó por tierra en la hora de horror del terremoto en Charleston.

Serían las diez de la noche. Como abejas de oro trabajaban sobre sus cajas de imprimir los buenos hermanos que hacen los periódicos:

ponía fin a sus rezos en las iglesias la gente devota, que en Charleston, como país de poca ciencia e imaginación ardiente, es mucha: las puertas se cerraban, y al amor o al reposo pedían fuerzas los que habían de reñir al otro día la batalla de la casa: el aire sofocante y lento no llevaba bien el olor de las rosas, dormía medio Charleston: ¡ni la luz va más aprisa que la desgracia que la esperaba!

Nunca allí se había estremecido la tierra, que en blanda pendiente se inclina hacia el mar: sobre suelo de lluvias, que es el de la planicie de la costa, se extiende el pueblo; jamás hubo cerca volcanes ni volcanillos, columnas de humo, levantamientos ni solfataras; de aromas eran las únicas columnas, aromas de los naranjos perennemente cubiertos de flores blancas. Ni del mar venían tampoco sobre sus costas de agua baja, que amarillea con la arena de la cuenca,

esas olas robustas que echa sobre la orilla, oscuras como fauces, el Océano cuando su asiento se desequilibra, quiebra o levanta, y sube de lo hondo la tremenda fuerza que hincha y encorva la ola y la despide como un monte hambriento contra la playa.

En esa paz señora de las ciudades del mediodía empezaba a irse la noche, cuando se oyó un ruido que era apenas como el de un cuerpo pesado que empujan de prisa.

Decirlo es verlo. Se hinchó el sonido: lámparas y ventanas retemblaron...

rodaba ya bajo tierra pavorosa artillería; sus letras sobre las cajas dejaron caer los impresores, con sus casullas huían los clérigos, sin ropas se lanzaban a las calles las mujeres olvidadas de sus hijos:

corrían los hombres desalados por entre las paredes bamboleantes:

¿quién asía por el cinto a la ciudad, y la sacudía en el aire, con mano terrible, y la descoyuntaba?

Los suelos ondulaban; los muros se partían; las casas se mecían de un lado a otro: la gente casi desnuda besaba la tierra: ¡oh Señor! ¡oh, mi hermoso Señor!, decían llorando las voces sofocadas: ¡abajo, un pórtico entero!: huía el valor del pecho y el pensamiento se turbaba: ya se apaga, ya tiembla menos, ya cesa: ¡el polvo de las casas caídas subía por encima de los árboles y de los techos de las casas!

Los padres desesperados aprovechan la tregua para volver por sus criaturas: con sus manos aparta las ruinas de su puerta propia una madre joven de grande belleza: hermanos y maridos llevan a rastras, o en brazos a mujeres desmayadas: un infeliz que se echó de una ventana anda sobre su vientre dando gritos horribles, con los brazos y las piernas rotas: una anciana es acometida de un temblor, y muere: otra, a quien mata el miedo, agoniza abandonada en un espasmo: las luces de gas débiles, que apenas se distinguen en el aire espeso, alumbran la población desatentada, que corre de un lado a otro, orando, llamando a grandes voces a Jesús, sacudiendo los brazos en alto. Y de pronto en la sombra se yerguen, bañando de esplendor rojo la escena, altos incendios que mueven pesadamente sus anchas llamas.

Se nota en todas las caras, a la súbita luz, que acaban de ver la muerte: la razón flota en jirones en torno a muchos rostros, en torno de otros se le ve que vaga, cual buscando su asiento ciega y aturdida. Ya las llamas son palio, y el incendio sube; pero ¿quién cuenta en palabras lo que vio entonces? Se oye venir de nuevo el ruido sordo: giran las gentes, como estudiando la mejor salida; rompen a huir en todas direcciones:

la ola de abajo crece y serpentea; cada cual cree que tiene encima a un tigre.

Unos caen de rodillas: otros se echan de bruces: viejos señores pasan en brazos de sus criados fieles: se abre en grietas la tierra: ondean los muros como un lienzo al viento: topan en lo alto las cornisas de los edificios que se dan el frente: el horror de las bestias aumenta el de las gentes: los caballos que no han podido desuncirse de sus carros los vuelcan de un lado a otro con las sacudidas de sus flancos: uno dobla las patas delanteras: otros husmean el suelo: a otro, a la luz de las llamas se le ven los ojos rojos y el cuerpo temblante como caña en tormenta:

¿qué tambor espantoso llama en las entrañas de la tierra a la batalla?

Entonces, cuando cesó la ola segunda, cuando ya estaban las almas preñadas de miedo, cuando de bajo los escombros salían, como si tuvieran brazos, los gritos ahogados de los moribundos, cuando hubo que atar a tierra como a elefantes bravíos a los caballos trémulos, cuando los muros habían arrastrado al caer los hilos y los postes del telégrafo, cuando los heridos se desembarazaban de los ladrillos y maderos que les cortaron la fuga, cuando vislumbraron en la sombra con la vista maravillosa del amor sus casas rotas las pobres mujeres, cuando el espanto dejó encendida la imaginación tempestuosa de los negros, entonces empezó a levantarse por sobre aquella alfombra de cuerpos postrados un clamor que parecía venir de honduras jamás explotadas, que se alzaba temblando por el aire con alas que lo hendían como si fueran flechas. Se cernía aquel grito sobre las cabezas, y parecía que llovían lágrimas.

Los pocos bravos que quedaban en pie, ¡que eran muy pocos!, procuraban en vano sofocar aquel clamor creciente que se les entraba por las carnes: ¡cincuenta mil criaturas a un tiempo adulando a Dios con las lisonjas más locas del miedo!

Apagaban el fuego los más bravos, levantaban a los caídos, dejaban caer a los que ya no tenían para qué levantarse, se llevaban auestas a los ancianos paralizados por el horror. Nadie sabía la hora; todos los relojes se habían parado en el primer estremecimiento.

La madrugada reveló el desastre.

Con el claror del día se fueron viendo los cadáveres tendidos en las calles, los montones de escombros, las paredes deshechas en polvo, los pórticos rebanados como a cercén, las rejas y los postes de hierro combados y retorcidos, las casas caídas en pliegues sobre sus cimientos, y las torres volcadas, y la espira más alta prendida sólo a su iglesia por un leve hilo de hierro.

El sol fue calentando los corazones; los muertos fueron llevados al cementerio donde está sin hablar aquel Calhoun que habló tan bien, y Gaddens, y Rutledge y Pinckney; los médicos atendían a los enfermos:

un sacerdote confesaba a los temerosos: en persianas y en hojas de puerta recogían a los heridos.

Apilaban los escombros sobre las aceras. Entraban en las casas en busca de sábanas y colchas para levantar tiendas; frenesí mostraban los negros por alcanzar el hielo que se repartía desde unos carros; humeaban muchas casas: por las hendiduras recién abiertas en la tierra había salido una arena de olor sulfuroso.

Todos llevan y traen. Unos preparan camas de paja. Otros duermen a un niño sobre una almohada y lo cobijan con un quitasol. Huyen aquéllos de una pared que está cayendo. ¡Cae allí un muro sobre dos pobres viejos que no tuvieron tiempo para huir!: va besando al muerto el hijo barbado que lo lleva en brazos, mientras el llanto le corre a hilos.

Se ve que muchos niños han nacido en la noche, y que, bajo una tienda azul precisamente, vinieron de una misma madre dos gemelos.

San Michael de sonoras campanas, Saint Phillips de la torre soberbia, el Salón hiberniano en que se han dicho discursos que brillaban como bayonetas, la casa de la guardia, lo mejor de la ciudad, en fin, se ha desplomado o se está inclinando sobre la tierra.

Un hombre manco, de gran bigote negro y rostro enjuto, se acerca con los ojos flameantes de gozo a un grupo sentado tristemente sobre un frontón roto: «¡no ha caído, muchachos, no ha caído!»; ¡lo que no había caído era la casa de justicia, donde al oír el primer disparo de los federales sobre Fort Sumter, se despojó de su toga de juez el ardiente McGrath; juró dar al Sur toda su sangre, y se la dio!

En las casas ¡qué desolación! No hay pared firme en toda la ciudad, ni techo que no esté abierto: muchos techos de los colgadizos se mantienen sin el sustento de sus columnas, como rostros a que faltase la mandíbula inferior: las lámparas se han clavado en la pared o en forma de araña han quedado aplastadas contra el pavimento: las estatuas han descendido de sus pedestales: el agua de los tanques, colocados en lo alto de la casa, se ha filtrado por las grietas y la inunda: en el pórtico mismo parecen entender el daño los jazmines marchitos en el árbol y las rosas plegadas y mustias.

Grande fue la angustia de la ciudad en los dos días primeros. Nadie volvía a las casas. No había comercio ni mercado. Un temblor sucedía a otro, aunque cada

vez menos violentos. La ciudad era un jubileo religioso; y los blancos arrogantes, cuando arreciaba el temor, unían su voz humildemente a los himnos improvisados de los negros frenéticos: ¡muchas pobres negritas cogían del vestido a las blancas que pasaban, y les pedían llorando que las llevaran con ella -que así el hábito llega a convertir en bondad y a dar poesía a los mismos crímenes-, ¡así esas criaturas, concebidas en la miseria por padres a quienes la esclavitud heló el espíritu, aún reconocen poder sobrenatural a la casta que lo poseyó sobre sus padres!: ¡así es de buena y humilde esa raza que sólo los malvados desfiguran o desdeñan! -¡pues su mayor vergüenza es nuestra más grande obligación de perdonarla!

Caravanas de negros salían al campo en busca de mejoras, para volver a poco aterrados de lo que veían. En veinte millas a lo interior el suelo estaba por todas partes agujereado y abierto: había grietas de dos pies de ancho a que no se hallaba fondo: de multitud de pozos nuevos salía una arena fina y blanca mezclada con agua, o arena sólo, que se apilaba a los bordes del pozo como en los hormigueros, o agua y lodo azulado, o montoncillos de lodo que llevaban encima otros de arena, como si bajo la capa de la tierra estuviese el lodo primero y la arena más a lo hondo. El agua nueva sabía a azufre y hierro.

Un tanque de cien acres se secó de súbito en el primer temblor, y estaba lleno de peces muertos. Una esclusa se había roto, y sus aguas se lo llevaron todo delante de sí.

Los ferrocarriles no podían llegar a Charleston, porque los rieles habían salido de quicio, y estallado, o culebreaban sobre sus durmientes suspendidos.

Una locomotora venía en carrera triunfante a la hora del primer temblor, y dio un salto, y sacudiendo tras de sí como un rosario a los vagones lanzados del carril, se echó de bruces con su maquinista muerto en la hendidura en que se abrió el camino. Otra a poca distancia seguía silbando alegremente, la alzó en peso el terremoto, y la echó a un tanque cercano, donde está bajo cuarenta pies de agua.

Los árboles son las casas en todos los pueblos medrosos de las cercanías; y no sale de las iglesias la muchedumbre campesina, que oye espantada los mensajes de ira con que visitan sus cabezas los necios pastores: los cantos y oraciones de los templos campestres pueden oírse a millas de distancia. Todo el pueblo de Summerville ha venido abajo, y por allí parece estar el centro de esta rotura de la tierra.

En Columbia las gentes se apoyaban en las paredes, como los mareados.

En Abbeville el temblor echó a vuelo las campanas, que ya tocaban a somatén desenfrenado, ya plañían. En Savannah, tal fue el espanto que las mujeres saltaron por las ventanas con sus niños de pecho, y ahora mismo se está viendo desde la ciudad levantarse en el mar a pocos metros de la costa una columna de humo.

Los bosques aquella noche se llenaron de la gente poblana, que huía de los techos sacudidos, y se amparaba de los árboles, juntándose en lo oscuro de la selva para cantar en coro, arrodillada, las alabanzas de Dios e impetrar su misericordia. En Illinois, en Kentucky, en Missouri, en Ohio, tembló y se abrió la tierra. Un masón despavorido, que se iniciaba en una logia, huyó a la calle con una cuerda atada a la cintura.

Un indio cheroquí que venía de poner mano brutal sobre su pobre mujer, cayó de hinojos al sentir que el suelo se movía bajo sus plantas, y empeñaba su palabra al Señor de no volverla a castigar jamás.

¡Qué extraña escena vieron los que al fin, saltando grietas y pozos, pudieron llevar a Charleston socorro de dinero y tiendas de campaña!

De noche llegaron. Eran las calles líneas de carros, como las caravanas del Oeste. En las plazas, que son pequeñas, las familias dormían bajo tiendas armadas con mantas de abrigo, con toallas a veces y trajes de lienzo. Tiendas moradas, carmesíes, amarillas; tiendas blancas y azules con listas rojas.

Ya habían sido echadas por tierra las paredes que más amenazaban.

Alrededor de los carros de hielo, bombas de incendio y ambulancias, se habían levantado tolderías con apariencias de feria. Se oía de lejos, como viniendo de barrios apartados, un vocear salvaje. Se abrazaban llorando al encontrarse las mujeres, y su llanto era el lenguaje de su gratitud al cielo: se ponían en silencio de rodillas: oraban: se separaban consoladas.

Hay unos peregrinos que van y vienen con su tienda al hombro, y se sientan, y echan a andar, y cantan en coro, y no parecen hallar puesto seguro para sus harapos y su miedo. Son negros, negros en quienes ha resucitado, en lamentosos himnos y en terribles danzas, el miedo primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran a su encendida raza.

Aves de espanto, ignoradas de los demás hombres, parecen haberse prendido de sus cráneos, y picotear en ellos, y flagelarles las espaldas con sus alas en furia loca.

Se vio, desde que en el horror de aquella noche se tuvo ojos con que ver, que de la empañada memoria de los pobres negros iba surgiendo a su rostro una naturaleza extraña; ¡era la raza comprimida, era el África de los padres y de los

abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone a su hombre, y a despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino!

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas?

¡Tal parece que alumbra a aquellos hombres de África un sol negro!

Su sangre es un incendio; su pasión, mordida; llamas sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos.

Tiene el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura.

Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios.

Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león: hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas: y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a las de los rayos del sol.

Miserable parodia de esa soberana constitución son esas criaturas deformadas en quienes látigo y miedo sólo les dejaron acaso vivas para transmitir a sus descendientes, engendrados en las noches tétricas y atormentadas de la servidumbre, las emociones bestiales del instinto, y el reflejo débil de su naturaleza arrebatada y libre.

Pero ni la esclavitud que apagaría al mismo sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza: ¡así se la vio surgir en estas almas calladas cuando el mayor espanto de su vida sacudió en lo heredado de su sangre lo que traen en ella de viento de selva, de oscilación de mimbre, de ruido de caña! ¡así resucitó en toda su melancólica barbarie en estos negros nacidos en su mayor parte en tierra de América y enseñados en sus prácticas, ese temor violento e ingenuo, como todos los de su raza llameante, a los cambios de la naturaleza encandecida, que cría en la planta el manzanillo, y en el animal el león!

Biblia les han enseñado, y hablaban su espanto en la profética lengua de la Biblia. Desde el primer instante del temblor de tierra, el horror en los negros llegó al colmo.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteadado y manso como se vieron ellos.

Jesús es de ellos, y lo llaman en sus preces «mi dueño Jesús», «mi dulce Jesús», «mi Cristo bendito». A él imploraban de rodillas, golpeándose la cabeza y los muslos con grandes palmadas, cuando estaban viniéndose abajo espiras y columnas. «Esto es Sodoma y Gomorra» se decían temblando: «¡Se va a abrir, se va a abrir el monte Horeb!» Y lloraban, y abrían los brazos, y columpiaban su cuerpo. El convencimiento de su expatriación, de la terrible expatriación de raza, les asaltó de súbito por primera vez acaso de sus vidas, y como se ama lo que se ve y lo que hace padecer, se prendían en su terror a los blancos y les rogaban que los tuviesen con ellos hasta que «se acabase el juicio».

Iban, venían, arrastraban en loca carrera a sus hijos; y cuando aparecieron los pobres viejos de su casta, los viejos sagrados para todos los hombres menos para el hombre blanco, postráronse en torno suyo en grandes grupos, oíanlos de hinojos con la frente pegada a la tierra, repetían en un coro convulsivo sus exhortaciones misteriosas, que del vigor e ingenuidad de su naturaleza y del divino carácter de la vejez traían tal fuerza sacerdotal que los blancos mismos, los mismos blancos cultos, penetrados de veneración, unían la música de su alma atribulada a aquel dialecto tierno y ridículo.

Como seis muchachos negros, en lo más triste de la noche, se arrastraban en grupo por el suelo, presa de este frenesí de raza que tenía aparato religioso. Verdaderamente se arrastraban. Temblaba en su canto una indecible ansia. Tenían los rostros bañados de lágrimas:

«¡Son los angelitos, son los angelitos que llaman a la puerta!» Sollozaban en voz baja la misma estrofa que cantaban en voz alta. Luego el refrán venía, henchido de plegaria, incisivo, desesperado: «¡Oh, dile a Noé que haga pronto el arca, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca!» Las plegarias de los viejos no son de frase ligada, sino de esa frase corta de las emociones genuinas y las razas sencillas.

Tienen las contorsiones, la monotonía, la fuerza, la fatiga de sus bailes. El grupo que le oye inventa un ritmo al fin de frase que le parece musical y se acomoda al estado de las almas: y sin previo acuerdo todos se juntan en el mismo caso. Esta verdad da singular influjo y encanto positivo a estos rezos grotescos, esmaltados a veces de pura poesía: «¡Oh, mi Señor, no toques, oh, mi Señor, no toques otra vez a mi ciudad!» «Los pájaros tienen sus nidos: ¡Señor,

déjanos nuestros nidos!» Y todo el grupo, con los rostros en tierra, repite con una agonía que se posesiona del alma: «¡Déjanos nuestros nidos!» En la puerta de una tienda se nota una negra a quien da fantástica apariencia su mucha edad. Sus labios se mueven; pero no se la oye hablar: sus labios se mueven; y mece su cuerpo, lo mece incesantemente, hacia adelante y hacia atrás. Muchos negros y blancos la rodean con ansiedad visible, hasta que la anciana prorrumpe en este himno:

«¡Oh, déjame ir, Jacob, déjame ir!» La muchedumbre toda se le une, todos cantando, todos meciendo el cuerpo como ella de un lado a otro, levantando las manos al cielo, expresando con palmadas su éxtasis. Un hombre cae por tierra pidiendo misericordia. Es el primer convertido. Las mujeres traen una lámpara y se encucillan a su rededor, le toman de la mano. Él se estremece, balbucea, entona plegarias; sus músculos se tienden, las manos se le crispan: un paño de dichosa muerte parece irle cubriendo el rostro: allí queda junto a la tienda desmayado. Y otros como él después. Y en cada tienda una escena como ésa. Y al alba todavía ni el canto ni el mecer de la anciana habían cesado. Allá en los barrios viciosos, caen so pretexto de religión en orgías abominables, las bestias que abundan en todas las razas.

Ya, después de siete días de miedo y oraciones, empieza la gente a habitar sus casas: las mujeres fueron las primeras en volver, y dieron ánimo a los hombres; la mujer, fácil para la alarma y primera en la resignación: el corregidor vive ya con su familia en la parte que quedó en pie de su morada suntuosa: por los rieles compuestos entran cargados de algodones los ferrocarriles: se llena de forasteros la ciudad consagrada por el valor en la guerra, y ahora por la catástrofe: levanta el municipio un empréstito nacional de diez millones de pesos para reparar los edificios rotos y reponer los que han venido a tierra.

De las bolsas, de los teatros, de los diarios, de los bancos llegan socorros ricos en dinero: ya se pliegan por falta de ocupantes muchas de las tiendas que improvisó el gobierno en los jardines y en las plazas.

Tiembla aún el suelo, como si no se hubiese acomodado definitivamente sobre su nuevo quicio: ¿cuál ha podido ser la causa de este sacudimiento de la tierra?

¿Será que encogidas sus entrañas por la pérdida lenta de calor que echa sin cesar afuera en sus manantiales y en sus lavas, se haya contraído aquí como en otras partes la corteza terrestre para ajustarse a su interior cambiado y reducido que llama a sí la superficie?

La tierra entonces, cuando ya no puede resistir la tensión, se encoge y alza en ondas y se quiebra, y una de las bocas de la rajadura se monta sobre la otra con terrible estruendo, y tremor sucesivo de las rocas adyacentes siempre elásticas,

que hacia arriba y a los lados van empujando el suelo hasta que el eco del estruendo cesa.

Pero acá no hay volcanes en el área extensa en que se sintió el terremoto; y los azufres y vapores que expelen por sus agujeros y grietas la superficie, son los que abundan naturalmente por la formación del suelo en esta planicie costal del Atlántico baja y arenosa.

¿Será que allá en los senos de la mar, por virtud de ese mismo enfriamiento gradual del centro encendido, ondease el fondo demasiado extenso para cubrir la bóveda amenguada, se abriera como todo cuerpo que violentamente se contrae, y al cerrarse con enorme empuje sobre el borde roto, estremeciera los cimientos todos, y subiese rugiendo el movimiento hasta la superficie de las olas?

Pero entonces se habría arrugado la llanura del mar en una ola monstruosa, y con las bocas de ella habría la tierra herida cebado su dolor en la ciudad galana que cría flores y mujeres de ojos negros en la arena insegura de la orilla.

¿O será que, cargada por los residuos seculares de los ríos la planicie pendiente de roca fragmentaria de la costa, se arrancó con violencia, cediendo al fin al peso, a la masa de gneis que baja de los montes Alleghany, y resbaló sobre el cimiento granítico que a tres mil pies de hondura la sustenta a la orilla de la mar, comprimiendo con la pesadumbre de la parte más alta desasida de la roca las gradas inferiores de la planicie, e hinchando el suelo y sacudiendo las ciudades levantadas sobre el terreno plegado al choque en ondas?

Eso dicen que es: que la planicie costal del Atlántico blanda y cadente, cediendo al peso de los residuos depositados sobre ella en el curso de siglos por los ríos, se deslizó sobre su lecho granítico en dirección al mar.

¡Así, sencillamente, tragando hombres y arrebatando sus casas como arrebatara las hojas el viento, cumplió su ley de formación el suelo, con la majestad que conviene a los actos de creación y dolor de la naturaleza!

¡El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre a torrentes los ojos, y se busca la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno, y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre, como guerrero que escala, por el rayo del sol!

Ya Charleston revive, cuando aún no ha acabado su agonía, ni se ha aquietado el suelo bajo sus casas bamboleantes.

Los parientes y amigos de los difuntos, hallan que el trabajo rehace en el alma las raíces que le arranca la muerte. Vuelven los negros humildes, caído el fuego que en la hora del espanto les llameó en los ojos, a sus quehaceres mansos y su

larga prole. Las jóvenes valientes sacuden en los pórticos repuestos el polvo de las rosas.

Y ríen todavía en la plaza pública, a los dos lados de su madre alegre, los dos gemelos que en la hora misma de la desolación nacieron bajo una tienda azul.

La Nación. Buenos Aires, 14 y 15 de octubre de 1886.

Gran exposición de ganado

En Nueva York .-La lechería.-La agricultura, sus productos, sus auxiliares.

-El toro triunfante. -Razas. -Modelos. -Criaderos.- Alimentación. -Mejoras. -Indicaciones. -Premios.

Nueva York, 24 de mayo de 1887 Señor Director de *La Nación*:

A poca distancia de la plaza de Madison, que tiene por el oeste, como gargantilla de brillantes, los hoteles más suntuosos de Nueva York, y por el este, al amor de encopetada iglesia, sombría hilera de casas señoriales, levántase un recinto célebre y espacioso, el circo de «Madison Square», adonde, como aurícula capaz, acuden, en las festividades de gusto popular, las grandes concurrencias.

Allí el hipódromo de Barnum, con sus griegos de pega, sus carros de relumbrón, sus desmelenados aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda floja, sus mujeres que se descuelgan por la cabellera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceros y fungen de payasos, cuando no se cansa alguno de que le moleste a su novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu terrible músicos y danzantes, y moviendo en los establos, a que sirven de techo los asientos, un ruido como de volcanes.

Allí los irlandeses, convulsos de entusiasmo, luciendo en los sombreros la hoja de trébol con que el gran Patricio demostró a su jefe el misterio de la Trinidad, pendiente de las solapas la cinta verde con el arpa de Erín, van a Parnell, su abogado sesudo, a quien tiene ahora mismo a morir su amor intenso a Irlanda; van a desear buen viaje a Davitt, a su manco indómito, en cuyos ojos, que han prometido no cerrarse hasta que Irlanda sea libre, luce la determinación con brillo sobrenatural.

Allí -cuando como airones de primavera aún aletean los vítoreslevantan el piso, cúbrenlo de aserrín, pónenle estrado al árbitro, aprié- tanse junto a la pista las mozas y los rufianes, y día sobre día, a la embriagadora luz eléctrica, halan el cuerpo mísero, deslucidos los trajes, macerados y monstruosos los pies, lívido el

color, suplicante y moribundo el ojo, caída la barba al pecho, los andarines competidores, ¡que es cosa que da náusea!

Allí, a diez pesos por cabeza, y de general a bandido, agólpase la ciudad, ya turbia y repulsiva la mirada, a ver cómo se magullan a puñetazos, desnudos del cinto arriba, los bárbaros púgiles, que al fin de cada arremetida, caen en sus sillas de descansar, exánimes y cubiertos de sangre.

Allí, muy visitados por damas caprichosas, los perros en feria ladrando vilmente, unos de lana como seda, otros de hocico inmundo, olisqueando ratones, y enjaezados de lujo, con mantos de pedrería y cadena de plata; y otros, los chihuahueros, de ojos saltados y redondos, y grandes como la palma de la mano.

Allí la feria de caballos, que reaniman al hombre, y en mayor grado que él conservan en la servidumbre la arrogancia y galanura de la libertad -el *pony* malicioso y peludo, el feo, enjuto y sufrido *mustang*, el Glydesdale, tan bueno para la labor, el trotador de Norfolk, de fuerte arranque de ancas, el caballo de carruaje, hermoso y recio, el generoso percherón, un monte vivo.

Allí ha sido también, en Madison Square, la feria que contamos ahora, la feria del ganado y de las lecherías, preparada en tres meses por unos cuantos ricos que merecen serlo, puesto que no tienen empacho en que les vean cuidando de su hacienda honradamente, que es como echar cimientos a la patria.

Eran de compararse, en los días de la feria, ricos y ricos. Unos, los barbilindos, agansado el andar; abestiada la frente con el peinado a modo de vendaje; el traje sin carácter, y como el uniforme de zoncera; los labios, de mostacho pobre, besuqueando el mango de cuerno de sus bastones, rematados en plata. Otros, los dignos, los que demuestran con el trabajo personal su derecho a disfrutar la fortuna de sus padres, sobresalían, como gallos finos entre quiquiriquíes; el cuerpo, ágil y proporcionado; el traje, obediente y suelto; la mano, algo más ancha; el rostro con cierta marcial hermosura, y ese esplendor, tan grato de ver, ¡que sólo la fuerza de la dignidad da al hombre!

Se llegaba a la puerta de la feria por entre un laberinto de carruajes, porque no hubo esposa que no quisiese parecer buena casera, yendo a ver cómo se hace la mantequilla, y si se la puede hacer en casa; ni domador de damas que no acudiera al reclamo de tanta hechicería, y al de una bella de alquiler que se contrató para aparecer vestida de lechera normanda; ni magnate que no tuviese a honra el que le vieran interesado en estudiar esta fuente de riqueza del país.

El padre de los Vanderbilt de ahora, ¿qué era más que lechero, hasta seis años antes de morir?: y aún después de heredar a su padre, nunca abandonó su

hacienda. Muchos nombres famosos protegían la feria del ganado: Vanderbilt, Pierpont Morgan, Le Grand B. Cannon, Appleton, Sloan, Tselin, Douglas. ¿Cómo no, si los Estados Unidos tienen ya cuarenta millones de cabezas vacunas, que valen una con otra veinticinco pesos, y de las cuales catorce millones son de vacas lecheras, de cuatrocientos veinte millones de pesos de valor, que dan al año quinientos millones de galones de leche, cuatrocientos de libras de mantequilla, sin contar con lo de uso doméstico, todo lo cual rinde por año unos trescientos millones de ganancia limpia? A Inglaterra se manda cada año ganado vivo por veintiún millones de pesos, y en carne fresca treinta más.

¡Y a todo eso se ha llegado en sesenta años, y si se nos apura, en veinticinco; porque antes la cría no era acá una ciencia como es ahora, con un sistema para producir bueyes de labranza, y otro para mejorar la casta lechera, y otro para la res de matazón, sino una cría torpe y revuelta, en que se iban confundiendo sin juicio las razas distintas; y por no afinar cada una con la mejora de sus condiciones y el injerto de las que le faltaban, todo eran vacas cabezonas y de poco vientre, y toros papudos y de gran cornamenta, con más hueso que carne y muy hambrones, mostrando la verdad de aquel decir de España: «el buey ruin en el cuerno crece»!

¡Y en veinticinco años, sin más que traer buenos padres y criar con orden y a pesebre pleno, se ha venido a parar del ganado zancudo y astoso de Tejas, del buey caído y lentón de Massachusetts, a estos Devon y Heresford, que llevan el yugo como una corona, y rompen de una paseada el labrantío, a estas Jerseys copiosas que valen, como «Eurotas» y «Mary Ann», de diez a veinte mil pesos!

¿Quién no ha de querer ver esas vacas famosas, el modo de ordeñarlas de sacar la crema a la leche, de hacer esa mantequilla, de ver cómo se elabora el queso, de comparar, allá al fondo del circo, las castas rivales, desde la Holstein de alzada hasta la jersey pizpireta?

La feria lo es de veras. Acá éstos, que recomiendan sus aparatos, y enseñan cómo funcionan: aquí mantequeras, arreadores de la leche recién ordeñada, vasijas para recoger la crema, refrigeradores, artesas de hacer queso: allí lecherías rústicas: allá la pagoda en que un mujik, vestido de azul y negro, vende *kumis*: más adentro, cuando acaban las tiendas y máquinas, el corral modelo: y en torno y hacia el fondo los establos. Cuelgan de la viguería banderas y oriflamas. El aire, que entra a bocanadas por las claraboyas, se lleva el olor pesado y acre de las bestias. Acarician las mujeres en el testuz a las vacas que las miran mansamente. Hacen coro, acurrucados, los niños ante los terneros. La música da al viento tonadas pastoriles, donde se imita el caracol y el pífano.

Primero, como heraldos, están los puestos de los periódicos de agricultura. *The American Agriculturist*, que es un tesoro, tiene el suyo, donde se reparte gratis el número iluminado que dedica a la feria. Un caballerete de arrogantes modales da a cuantos pasan un ejemplar de *The Jersey Bulletin*, donde se publica la genealogía de todas las familias ilustres de este rico ganado, y el registro de sus compras y ventas.

The American Dairyman, *El Lechero Americano*, está en manos de todos, recomendando estos o aquellos modos de beneficiar la leche. *El Campesino de Nueva York*, *The Rural New-Yorker*, es una crónica viva de la fiesta, con una caricatura en que un rabadán de botas y sombrero de fieltro hunde una bayoneta donde dice «voto» en el pecho del monstruo «fraude», cuyas tres cabezas, «glucosa», «oleomargarina» y «semilla de algodón», representan las sustancias viles con que se envenena la leche, y se imitan, con autoridad del Congreso, sus productos.

Pero el puesto más bello es el de la «Orange Judd Co.», la noble casa de Broadway, que lleva publicado cuanto se necesita saber para cuidar del campo y de sus criaturas: ¡qué mina, aquellos estantes!: ¡es de hacerse agua los ojos, por no poder alzarse de una sola brazada con tanto libro útil!: y todo está explicado con el interés de un cuento, y de modo que lo entiendan bien el labriego y el pastor, y se engolosinen en el estudio su mujer y su hijo.

Aquí está toda una familia campesina, viendo lo que se ha de ver primero -el modo con que se separa la crema de la leche, para hacer con aquélla la mantequilla, y con la desnatada el queso- Unos, el sueco Laval, enseña su «separador mecánico», el cual aparta la crema conforme va recibiendo la leche, que él aconseja no vender al peso, sino en razón de la crema que contiene, lo que se conoce por el «lactótrito» de su invención, ya en uso en toda Suecia y Dinamarca; otro, el americano Cooley, que tiene su «Cremería» ceñida de medallas, explica su refrigerador de descremar, donde las jarras repletas de leche están sumidas en el agua fresca, que acelera la aglomeración de la nata, a la vez que por las tapas de las jarras, dispuestas de manera especial, se escapan los gases que quedan en la leche cuando se la pone a criar nata al aire libre, y le quitan el dulzor y aroma que da a la mantequilla la crema recogida en las jarras cerradas de Cooley; otro americano, Stoddard, encomia un refrigerador parecido, que de uno a otro ordeño, si se usa hielo en vez de agua, saca la nata toda, y deja las jarras listas para la nueva ordeñadura, con la ventaja de que cada jarra tiene un graduador que sin necesidad de destaparla dice por donde va la crema, y ésta baja en segundos por un embudo a la tina que la aguarda abajo, sin que sea menester recogerla despacio y a la burda: aunque también el

refrigerador de Cooley tiene su modo propio y automático de separar la nata, que ha de ir seguramente a las mantequeras.

¡Y las mantequeras, giran que vuelan! Las hay de barril, de ataúd, rectangulares, cilíndricas y de columpio, movida ésta a manija, a rueda aquélla; unas baten la crema con aspas interiores, que quiebran a la mantequilla el grano, lo cual la expone a agriarse y durar poco; otras, como la «Stoddard» y la «Soper», no trabajan por fricción como éstas, sino por concusión, dejando que el grano entero se aglomere por el movimiento propio y veloz de la leche en la mantequera, que en ninguna es tan natural y sencillo como en la de columpio de Davis, a todas superior porque se sirve a sí misma, y no hay más que empujarla de vez en cuando mientras se anda en las demás faenas.

Pero la más curiosa era una de metal a modo de nevera, donde, dando de firme a la cigüeña, se hace mantequilla, y toda especie de helados y semejanzas, en dos o tres minutos. Que se hace, es verdad; pero dicen que todo el grano queda roto, y el brazo del que da a la rueda. ¡Y a esto le llama el inventor «la maravilla del mundo», sin ver que más maravilla es la que tenía al lado, pues allí estaba un ternero lactando buenamente de una mamadera, a cuyo pezón de goma, un poco más alto que el de la vaca, baja la leche de una lata fija en un tablón entre dos ranuras corredizas. «Así -decía el inventor Small- se nutre el ternero mejor que de la tina, no le quita a la leche la crema, que a él le hace mal, y toma el alimento despacio y suavemente, como naturaleza manda.» Alrededor de todo esto había puestos de varias invenciones: ya el «aereador» de Hill, que por medio de una corriente de aire puro enfría la leche recién ordeñada y echa de ella el calor animal y los olores, con lo que queda en todo su dulce, sin tanto riesgo de agriarse; ya jarras ingeniosas para traer la leche a los mercados, y botellas herméticas de vidrio, y cajas para la mantequilla, y prensas en que enjugarla, y batidores en que molerla, y sellos de madera para marcar sus panes, y un papel apergaminado donde envolverlos, más limpio y económico que el lienzo donde la amortajan ahora.

¡Y todo tan sencillo, que parece que no hay más que sentarse y saberlo hacer, desde tomar la leche espumante al pie de la ubre en las colodras, hasta cortar en panes apetitosos la mantequilla, tan fina como la de Bélgica, o henchir con el queso nuevo, que ha de sazonar a los tres meses, los cuñetes redondos! Como que no hay cosa más fácil que hacer queso, según allí se le vería, porque tan luego como la leche que hierve en la artesa está a punto, se la salpica con extracto de achiote, del que se da tan bueno en Venezuela, y se le mezcla bien con la leche, hasta que ésta se tiñe de un ligero crema, que es cuando se suspende el vapor, o lo que esté calentando, para mezclar por igual el cuajo: por

las llaves se deja ir el suero, y a las tres horas, que antes era un mes, queda el queso hecho.

Tan de oír sería lo que ante estas cosas dijera el pastor, que huyendo por el valle con el zurrón de leche al hombro, descubrió la mantequilla y la halló buena, como fue de ver el ansia con que iban de un lado para otro los visitantes campesinos, vestidos tanto de paño burdo como de desconfianza, mirando como si los fueran a engañar, iguales las corbatas y los ojos en lo que cada cual se salía de su cuenca, registrando en cuclillas los codos y rincones de cada aparato, como si tentasen los puntos maduros de un buey padre o una vaca lechera.

Todo lo querían comprar, y no querían comprar nada; pero los inventores habían de estar sobre sus pies en lo de las preguntas, porque los campesinos, rudos podían ser, pero sabían de su oficio tanto como los de los inventos, y a ojos presentes se vio allí mejorar la mamadera del ternero con lo que insinuó un pastorcillo que no alzaba del suelo mucho más que él: pues ¿qué ciencia hay mejor que la que salta a la vista, ni qué biblioteca enseña lo que un rayo de sol, si se ve a lo que ilumina con paciencia para comparar y voluntad para entender?

Éste pregona los menjurjes de McDougall, exentos de sustancias venenosas para limpiar de lacras la piel de las ovejas; otro dice que los remedios de «Vet» son más variados y mejores: uno cuenta que a su ganado le va bien con el «Fluido de Little», que cura fuera y dentro:

aquélos contienden sobre si la «turba alemana» («The German Peat Moss Co.»), que es muy absorbente y desinfectante, debe preferirse en los establos a la paja, húmeda y de mal olor, y al aserrín de Newell, que si no vale lo que la turba luego para abono, tampoco daña la vista de los animales y el pavón de los arneses con el amoníaco que exhala, como aquélla. ¿Quién no sabe que al animal se le ha de dar el forraje cortado, y caliente y cocido si es posible, para que así le vaya a la carne, a la leche o al trabajo, la fuerza y calor que de otro modo pierde en mascar y digerir la fibra dura? Allí está el «Lion», el cortador de forraje, que lo aplasta a la vez que lo corta, y se lo da ya a la bestia roto y masticado. Y aquél, el único que aún no hemos visto, prueba en una vaca su «amarra de cadenas», prendida al techo y suelo por dos cadenas cortas, que dejan al animal, sujeto por el cuello, aquel grado de mayor libertad que amansa y aprovecha a los cautivos.

De pronto rompen las músicas: puéblanse los alrededores del corral:

resuenan los aplausos: es que pasean al toro triunfante, al lindo toro de jersey, a «Pedro». -Puerilidad será: pero acorralado de todas partes por la lengua inglesa, ¡daba gozo que este triunfador se llamase «Pedro»!-. Del narigón lo llevaba el zagal, por una vara enganchada en las argollas, seguido de sus hembras. Él,

corpulento, impetuoso, duro al palo: ellas pequeñas, adamadas, mansas, como traídas a tierra por el peso de las ubres. Mugía, cabeceaba, parecía hender con la pezuña la tierra cada vez que asentaba el paso elástico. La cabeza pequeña, el cuerno poco, la mirada sanguinosa, alta la cruz, el lomo ondeado, la grupa baja y caída, parecía digno «Pedro», como los toros Apis, de las danzas ardientes en que se ofrecían a la vista de la divinidad pujante las doncellas: los perfumes del templo merecía su hermosura: en las astas y lomos le hubieran estado bien las guirnalda de flores. Y se fue, negando la cabeza al palo, por la puerta del corral, seguido a paso alegre de sus hembras.

Él fue el premiado entre los Jerseys, por la hermosura y mérito de su progenie; y entre los Holstein lo fue «Sir Henry Mapplewood», abnegado, pomposo, de enorme peso de ancas, padre de vacas que son todas ubre, pero sin aquella graciosa majestad, y paso vivo con que «Pedro», galán de su manada, la mejora y señorea.

No se quiso juntar en esta feria, como pudo ser, todas las castas nobles, ya se críen para la matanza, ya para la colodra, ya para el yugo; sino reunir en competencia las que presumen de riqueza de leche. Ni el Devon cerezo, breve, económico y sufrido, que presta dócilmente su ancho cuerpo de carne llena y fragante a la servidumbre del arado, y acompaña bien al hombre en las tierras calurosas; ni el Hereford, de piel roja y careto, menos fino y pequeño que el Devon, pero tan leal como él en la faena, buen servidor de vacas de fatiga, y amigo de su yugo; ni el Longhorn, de astas caídas, de allá del Lancashire y de Irlanda, que en pocos años de mejora dio prueba de buena fibra, capacidad para la labor, y normal ordeño; ni el Kloe torvo y peludo de los escoceses, afilado de cuerno y de testa atopada, pero de carne bien deparada sobre el hueso escueto, fuerte en la sangre y monta, acomodable y sobrio, y hecho a vivir con el pastor, y a dormir junto a él en su cabaña; ni las «mochas» de Garloway, gordas y humildes, y de cabeza recia y ovejuna, en cuya casta es manso el toro, por lo que el pastor tiene a vergüenza que se las vean en su majada; ni el Durham de pecho colgante y brazo en pera, sin más hueso que el necesario para tener en pie la carne, plano el dorso, espacioso el encuentro de los cuartos traseros, ancho y largo de ancas, el mejor para el cuchillo; ni aquel ganado suizo parco y huesudo que vive del aire aromoso más que del yerbón escaso en los desfiladeros de los Alpes; ni la vaca de casta americana, que es como no tener casta, angosta de ancas e ijares, cerrada de pecho, bolsuda, carnosa y dura la ubre, chata y hundida de costillas, muerta la cola, disputaban en la feria el premio a esas cuatro razas, únicas allí reconocidas, que campean hoy como primeras en los establos norteamericanos:

la jersey, viva y cuidona; la Guernesey, un poco más recia; la Ayrshire, la vaca de los pobres; y la Holstein, que a todas ha vencido.

Pero a la jersey ¿cuál pudiera vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa «Eurotas», con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, a los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece, va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojeras; con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado, como para que la ubre de delicados pezones, tenga libre juego; allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

Pero los mimos los tiene bien ganados, porque hay Jerseys, como «Eurotas», que en 341 días dio 7.525 libras de leche y 778 de mantequilla; y la «Duquesa de Smithfield», a quien por las gracias y altanería no le va mal el nombre, en una semana dio 436 libras de leche; y en un año 10.784 libras; y «Mrs. Langtry», del color de las rosas de té, estaba dando en la feria treinta y seis cuartos diarios. De los toretes, el más bello tenía un nombre nuestro, «Lorenzo Beauty», y era del suave acero de las perlas, gris como ese vapor que en las primeras tardes de verano cubre con cambiantes lilas los lagos y los ríos.

Quien vio Jerseys, ha visto Guernesey, que dan leche de tanta nata, y tan copiosa y amarilla, como aquéllas, sólo que su lindeza es menor, a pesar de lo más claro de su piel; aunque en eso mismo aventajan las jerseys, porque no es tan saliente su armadura, ni la grupa tan alta, ni el cuello tan corto, sino que se les ve más fuerza y simetría, y no parecen princesas de la leche, sino las damas de buen pasar del gremio, a quienes en los quehaceres de la casa se les han crecido tobillos y muñecas.

Las Holstein venían luego, todas negras y blancas, y de mucho comer, como su gran alzada necesita. Muros parecen las ancas de sus toros, aunque a la mano son mansos, y su piel flexible se levanta al pellizco, como sucede en toda res de casta buena: catedrales dormidas parecen estos padres ciclópeos: levántanse del

suelo con la pesadumbre visible de su potencia: en el lomo pudieran descansarles camarines, como el que llevaba Lalla Rookh cuando iba enamorada de su poeta Feramorz.

De Holstein fue el primer ganado que trajeron cuando la colonia los libres holandeses; y les sirvió en la labor con voluntad, y les dio abundante leche. Son más huesosos que Jerseys, Guerneseys y Ayrshires, como que les llevan mucho en corpulencia; pero su hueso no es ese áspero y fofo del ganado sin ley, que va aparejado siempre con carne de fibra ruin, cuero de hartos peso, panza y papada en cuelga, piernas volantes y altas, apetito desordenado e infecundo, y toda la luz del día entre las costillas; sino ese otro hueso sano y compacto que atrae la carne a donde debe estar, con su debida proporción de gordo.

Para buey de labor, el Holstein no es de alabar, porque su masa lo obliga a la pereza; pero madura pronto, consume menos que el Durham, Hereford y Devon como res de matanza -aunque su carne no es tan noble-, y no hay quien le gane a padre enérgico, ni casta que dé más leche, queso y mantequilla: en el queso principalmente sobresalen:

dos libras de mantequilla al día da cualquier Holstein. Lo que comen, lo devuelven pronto en leche. Él es discreto, honrado, amigo de pagar en cría lo que recibe en el pesebre; ella es seria, recatada, hacendosa, y como la matrona de las vacas.

«Lady Fay», la que ganó por lechera el premio de la feria, mira con su dulce rostro a los que la contemplan admirados; su ubre, tamaña como las ancas, ha dado de sus firmes y francos pezones 97 libras y cinco onzas de leche en un día y 20.412 en un año. Y el premio de mantequilla también fue de una Holstein, de «Clotilde», que viene como «Lady Fay» de los establos de Lakeside, y con el ordeño de veinticuatro horas dio dos libras y dos onzas y media.

Veamos, antes de acariciarles por vez última el sumiso testuz, el medallón de Guénon, que les crece a pelo vuelta a ambos lados del encuentro de los cuartos traseros, y según sea de grande indica, si vaca, lo lechera que es, y si toro, que será padre de crianzas de riquísima ubre. A «Sir Henry Mapplewood», que tarda horas en poner sobre sus pies sus veintinueve quintales y treinta y tres libras de peso, le llega el medallón del pie del muslo a la grupa.

Así debían ser aquellos toros heroicos de que cuenta Homero, con las puntas del asta cubiertas por bolas de oro; así aquellos en que los sacerdotes de Egipto veneraban «la fuerza, la paz y la paciencia, favorables a los trabajadores».

Pero hay algo en las fieles Ayrshire que seduce, a pesar de su flaca apariencia, y de ser toda ella hondonadas y puntas: los ijares volu- minosos, el costillaje

grande y arqueado, el lomo sumido, la ubre modesta y de corto pezón, y sólo el pecho y el vientre anchos.

De color son bermejas, o bermejas y blancas. No se espera de cuerpo tan menudo pezones tan pródigos. En la cabeza pequeña, de curioso hocico, le lucen los ojos conversadores y vivaces. Toda ella es mujeril, agraciada y sincera. Lo usual en ella es cinco galones diarios de buena leche butirácea; y hay muchas que dan al año mil galones; pero «comen bondadosamente», como acá dicen en jerga de establos, y de lo que hay, sin que por lo pobre del forraje sufran tanto como las de otras castas. Ella, buena escocesa, sabe de pobres, y es vaca propia de ellos, porque les da más que les quita; y es madraza y gregaria, amiga de andar en grupos con los suyos. Su piel resiste más, aunque sus cañas finas no son para largos viajes. Su toro es poco osado, aunque ágil y dispuesto a sus deberes. Lo vivaracho y diligente de la Ayrshire aprovecha a los terneros, que nacen de tales madres fogosos y con todo su tipo, y no ventrudos y de poco empuje, como cuando la madre es comodona, y amiga de la sombra y el mullido. Al ternero lo tienen siempre cerca, y los establos las prefieren por su resistencia y mansedumbre. Ella es la vaca esposa. La de jersey es la vaca barragana.

«Esta es buena, señor -decía un zagal levantando de una pellizcada la piel de la grupa, flexible y sedosa, y no cosida al anca, sino que se sentía la carne suelta bajo ella. Vaca lechera, así ha de tener acá la piel, y el que quiera saber si es de buen engorde, que le cate la piel del costillar, y si se alza, lo es. Vea el señor: esta galana tiene todos los puntos.

La cola no le hace, porque lo mismo da leche la negrota de Holstein, que la amarilla de jersey, que esta Ayrshire achocolatada.

Mírele la cabeza pequeñuela; el cuerno corto, ancho de base y punta fina; el ojo que parece de señora, quieto y suave, y de pestañas cortas y sin mucha arruga, y la boca grandaza, de belfo fuerte y grueso; ¡y lo que come! ¡y lo que bebel!: vaca bebedora cómprela el señor, que no le engaña. La cruz véale alta y ancho el pecho, a que le queden bien sueltos los pulmones, y las costillas así, largas y arqueadas, para que el ternero tenga espacio.» «¿No ve el señor? Dos dedos le caben en esta abertura del espinazo, que parece roto en la mitad y sigue abierto hasta el rabo, lo que quiere decir que las ancas están como deben, bien aparte, para que la ubre tenga donde crecer, y todo lo de atrás quede espacioso, que estas partes son los talleres de la leche, donde ha de estar todo amplio y en juego. La ubre así, sin baches y elástica, y cubierta de seda, con este pezón de punta, que no tiene más tacha que el ser verrugoso. Pero la gran señal son estas venas hinchadas y retorcidas de la ubre, y estas otras que le corren por la panza

hasta entrarle en la carne, por esos agujeros donde cabe el dedo. Vaca con eso, y los medallones en lo de atrás, ¡esa es vaca lechera!» «Véala cómo me mira, señor, porque la trato bien, y la vaca lo sabe:

la mejor no dará toda su leche, si no la lleva con mimo el lechero.

¿El comer? Eso hay que cuidarlo, y dárselo con medida sin tanto que empache, pero fuerte y lleno. La leche empieza en la yerba. Buen comer, buena colodra y buen ternero. Buen invierno, medio verano; y buen verano, medio invierno. En verano la pongo donde yerba, y que no me coma yerbaje de mucha agua o con rocío, sino seco, que es como nutre: cuando se acaba, a establo, a comer pasto cortado y caliente, y cocido si hay un poder. Y aun creo yo que es más barato apesebrar las reses, porque sueltas, sobre que se estropean más, con cuatro acres no tengo para cada vaca, y a establo con acre y medio tengo; y les doy tres aguas, y su ejercicio en el corral siempre aseado, con lo que recojo todo el abono. Eso sí, la comida ha de mezclarse, y hoy una y mañana otra, con su sal y su dulce, que le gusta a la vacada, aunque en lo dulce ha de andarse con tiento, porque la mucha azúcar le quita al toro empuje, y hace estéril a la vaca.» «El ternero, sí señor, salió blanco; porque la madre vio en una ocasión pasar a un torete así de otra majada. La verdad es, aunque no lo digan libros, que la vaca tiene el seso flojo, y ni escoge el galán, ni se despinta en el ternero cualquier rareza que vea o le suceda cuando está para la familia.» «Ahora a callar, señor, que es la hora de ordeñar, y junto a las vacas no se ha de alborotar cuando se las está ordeñando, ni de hablar siquiera, ni distraerse con ningún ruido, porque mientras se las exprime, se ve que sufren, y están espantadizas: yo, por mí, lo que hago es canturrearles, y al son se me están quietas, y veo que me agradecen el canto.» Ya cae el crepúsculo, los mansos lecheros se acercan a sus vacas; beben los ternerillos de las tinas: el quesero vende a los concurrentes retardados sus últimas libras de queso nuevo: chispean, como al apagarse, las luces eléctricas: hablan en un rincón empleados del entusiasmo con que Nueva York ha asistido a la feria; de los largos artículos en que la describe la prensa diaria; de cómo en estos quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en cualquier otra faena. Y mientras al son del canto cae la leche espumante en las colodras, y se cierran las puertas de la feria, pasa «Pedro», seguido de una turba de zagales, de un lado a otro del circo: la sombra lo agiganta; va halando a la tierra el palo que lo guía: los mozos, a un lado y otro, van callados como orgullosos de llevarlo: las Jerseys todas, a la última luz, levantan la cabeza. No con pompa menor bajaba Apis, cubierto el cuerpo negro de sagradas rosas, cuando, al caer la luna sobre el pálido loto, lo llevaban río abajo, entre inciensos y cánticos, los sacerdotes.

La Nación. Buenos Aires, 2 de julio de 1887.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>